This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN JPGD R

SAL 7937.1.25

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

RUFINO BLANCO FOMBONA

TROVADORES Y TROVAS

CARACAS

TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

1899

TROVADORES Y TROVAS

EN PREPARACION:

Los poetas en el destierro
Alma en flor
Cuentos
Estudios críticos.

RUFINO BLANCO FOMBONA

TROVADORES Y TROVAS

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1899

SAL 7937.1.25
~~Rom 135.15~~

HARVARD COLLEGE
DEC 1 1908
LIBRARY.

Sales fund

PRÓLOGO

RUFINO BLANCO FOMBONA

—

Es indudable que la producción literaria nunca fue tan enorme como en nuestros días, y ese aumento asombroso de la producción es en parte real, en parte aparente.

Hace apenas un siglo, con dificultad se propagaban por el mundo el nombre y la obra de grandes pensadores y artistas, y mucha flor de ingenio se marchitaba y moría sin que su aroma llegase nunca á traspasar

los lindes de la patria. Hoy no sucede igual cosa: las comunicaciones múltiples, más fáciles, más rápidas, las relaciones más íntimas en que viven unos con otros los pueblos hacen que, tan pronto como surge un escritor, su nombre y su obra viajen de país en país y de lengua en lengua, recibiendo el homenaje de la crítica universal, ya en forma de aplauso espontáneo y ruidoso, ya en forma de complacencia más ó menos mezclada de ironía. De esa mayor y más ligera difusión de nombres y de libros resulta, como puede comprobarse fácilmente, que ningún país europeo tiene hoy derecho á enorgullecerse de ejercer absoluta hegemonía literaria, como en distintas épocas la ejercieron Italia, España, Alemania, y Francia hasta hace poco. Así, vemos que de igual modo vienen á los pueblos del Sur de Eu-

ropa y á nuestra lejana América los nombres y la obra de Tolstoi, Ibsen, Sudermann, Hauptmann y Sinkiewickz, como van á las nieblas de las regiones hiperbóreas, llevando la luz y la belleza de la vida mediterránea, los Verlaine, los France y los D'Annunzio.

Pero al lado de ese aumento aparente de la producción literaria, hay un aumento real, más considerable todavía. La causa primera de ese aumento es el inmenso número de conquistas hechas por la ciencia en nuestro siglo, número desproporcionado y colosal, si se compara con el número de conquistas hechas por la ciencia en todos los siglos anteriores. El progreso científico ha obrado robusteciendo, centuplicando, refinando todas las actividades del hombre, y por consiguiente su actividad más alta y pura. La vida se ha hecho más complicada y,

si no más rápida, sí mucho más intensa, en virtud del progreso científico que ha creado, llevándolos casi á la perfección última, agentes civilizadores tan poderosos como el vapor y la electricidad, gracias á los cuales un hombre moderno recibe en igual espacio de tiempo mil veces más sensaciones, convertibles en afectos é ideas, que un hombre de hace ochenta años. Basta considerar en medio de qué circunstancias viene hoy un hombre á la vida: no más llega á la conciencia de su sér, cuando ya puede comunicarse con un semejante suyo á muy largas distancias por medio de hilos telegráficos y telefónicos, y á distancias mucho mayores aún á través de los continentes y al través del océano por medio del vapor y del cable; á cada paso puede saber los acontecimientos políticos, las nuevas formas de arte y los adelantos en ciencia

de los pueblos de su misma civilización y raza, y aun de los pueblos de raza y civilización diferentes; y de este modo, á la influencia del medio en que todo hombre vive, se unen las influencias dispersas, lejanas, exóticas, venidas como en un manojo vibrante á enriquecer la atmósfera intelectual de cada cerebro. Y el cerebro, obediente á una gran ley fisiológica, rodeado de mayor número de excitaciones, muchas de ellas recién conocidas de él, trabaja más, y más produce. Si no así ¿cómo se podría explicar esa enorme producción literaria de hoy, ese continuo florecer de la novela, el cuento y el verso, las más ricas flores de arte?

A las causas antedichas, débense agregar algunos efectos de esas causas, como sentimientos é ideas nuevos, propios de nuestra época, ignorados en épocas anteriores. Es indiscutible que las ideas y

sentimientos de un pueblo, ó de los pueblos de la misma civilización, cambian según la época, y nada tan justo como suponer á nuestra época abundante en ideas y sentimientos nuevos, dada la muy rápida evolución intelectual del hombre en nuestro agitado fin de siglo. Entre los nuevos sentimientos é ideas hállanse algunos—factores no despreciables—en los cuales la crítica de Nordau y demás discípulos de Lombroso no ve sino caracteres y estigmas de uno ó varios grupos de degenerados, cuando los dichos sentimientos é ideas constituyen quizás un lote, desigualmente repartido, pero común á todos los géneros y escuelas de literatura. La tristeza, el malestar, la psicopatía rara, todo lo que existe de malsano en la literatura de hoy se puede atribuir, como se ha hecho ya, al desequilibrio nervioso proveniente de un progreso demasiado

brusco, desequilibrio semejante á la neurosis nacida de los viajes de ferrocarril, de las grandes catástrofes y de las grandes guerras bárbaras.

Pero, dejando aparte esos fenómenos morbosos, queda siempre una producción muy rica y sana que, ya por sí misma, por el solo hecho de ser estímulo y gloria de almas fuertes, estímulo y desesperación á la vez de los productores humildes, obliga á remozar antiguas formas, á crear formas nuevas y contribuye á la mayor esplendidez del arte. De aquí ese trabajo que se efectúa hoy en casi todas las literaturas, trabajo de remozamiento y condensación, tendiente á perfeccionar las lenguas como materia artística. Y si á esa consecuencia lógica de la producción grande y vasta, agregamos los modos de expresar ideas, sensaciones y sentimientos propios del hombre moderno, poco nos fal-

ta para saber el secreto de esos estilos primorosos, refinados y nobles, que son como la suprema belleza y la flor suprema de cada literatura.

Las escuelas todas, aun las más calumniadas, han contribuido á esa obra de dar más vivo esplendor al arte de las letras, ya en el verso, ya en la prosa. Así, los decadentes y simbolistas de Francia, con Verlaine, Moreas y Morice, capaces de rimar gloriosamente en los trillados caminos de las viejas prácticas prosódicas, abandonaron esos caminos y, felices novadores, suprimiendo la cesura en el verso quebrado de parnasianos y románticos, usando el hiato, y con otras reformas parecidas, dieron al verso alas mejores, fuertes y ágiles, y crearon una prosodia nueva, más culta y más libre, haciendo así bastante por las letras, aunque algunos que presumen de críticos, pero sin conocer de literatu-

ra actual, continúan creyendo que los vocablos decadentismo y decadencia son sinónimos. Obra análoga á la de esos escritores en el verso, obra de renovación y adelanto, han realizado y realizan en la prosa francesa los France, Mendés y Louÿs; en la prosa italiana D' Annunzio hasta llegar á una maravilla de belleza, tersura y limpidez; en la prosa y el verso castellanos los escritores modernistas de América.

***

Hay quien ha dado en imaginarse á los escritores modernistas como orfebres pacientes y vanos de baratijas chillonas, muy llenas de cinceladuras y color, pero sin alma; y ya en ese terreno, llégase hasta afirmar que para escribir según los modernistas el sentimiento huelga y la idea sobra; concepto calumnioso y

falso cuyo origen se halla realmente en bagatelas efímeras, de valor nulo, que ciertos poetas—verdaderos pontífices de la ironía—se complacen en arrojar desde su mesa de trabajo, para delicia de imitadores y snobs y pasto de una crítica fósil abrazada con ideales muertos. Y como esas bagatelas vienen á ser lo más débil de la obra, se comprende que sean asidero más cómodo de la imitación y ofrezcan un blanco más fácil á los rehiletes de la crítica de mercadantes y *filistinos* miopes, más ó menos académicos. Pero ni esa hojarasca, ni el concepto erróneo de ella procedente, dañan de ningún modo á la literatura digna del nombre de modernista, literatura que no sólo quiere la perfección de la forma, sino también encerrar en esa perfección el alma contemporánea toda, compleja y vibrante. Siendo la vida del hombre moderno más inten-

sa que la vida humana en otra época, formada como está de sensaciones nuevas y más rápidas—tanto porque han variado mucho las excitaciones del exterior como porque se han modificado los nervios del hombre—de ideas más numerosas y afectos más raros, en la prosa y el verso modernistas ha de ir vibrando un haz de sensaciones, ó cantando un coro de ideas, ó esparciendo perfumes el afecto raro y exquisito.

Considerado así el modernismo, es como puede decirse que Rufino Blanco Fombona es, en Venezuela, el más modernista de los poetas de su generación, y uno de los más pulcros y elegantes prosadores modernistas de América.

Sus principios en literatura fueron hace cuatro ó cinco años, cuando aquella gran ráfaga de simbolismo y decadentismo que recorrió toda América. Casi no hubo frente que no diera su flor en esos

dias, y por el cielo americano pasó una como bandada de pétalos. Pero de todas las flores abiertas cuajaron sólo unas cuantas, y de éstas fue la flor del ingenio de Blanco Fombona. En sus comienzos como casi todos los demás, rindió culto á las exageraciones de la moda, la reina fugitiva; mas, á poco, llevado de su carácter soberbio y brioso y de una verdadera obsesión de originalidad—obsesión común á los grandes artistas—cuyos rastros pueden verse en toda su obra de prosador y poeta, caminó en derechura á encontrarse á sí mismo en un estilo propio, hecho de finezas y elegancia.

Nervioso, inquieto, sensual y triste, superiormente organizado para el arte, en este su primer libro, flor de juventud, se nos presenta con las dos manos colmadas de primores, ya que de igual modo afina y abrillanta el dardo de oro de su verso como cincela—copas rebosantes

de perfume—los períodos de sus bellas prosas rítmicas.

Prosador de estirpe clara, siempre en guardia contra el ruin lugar común y la torpe imitación, su prosa no es la prosa anémica y desmañada, hecha para la fugaz vida del diario, sino prosa hecha para vivir en libros, y vivir como bronce.

A su prosa tersa, pulida, ondulante, nerviosa como el artífice mismo, de refinamientos llena hasta parecer de vez en cuando amanerada como las prosas ilustres de Acosta y de Martí, poco ó nada falta para ser modelo de prosa modernista. Como verdadero escritor de esta prosa, Blanco Fombona produce con ella la mayor intensidad de expresión y de vida, y tiende á hacer de su arte como el resumen de todas las artes, de modo que en la prosa puedan hallarse á la vez: la euritmia del edificio trabado

sabiamente, la plasticidad de los mármoles, la fina cinceladura de las joyas, todas las harmonías de la música y el color, el claro-obscuro y la sombra de las pinturas maestras.

En la prosa, de ese modo entendida, la sobriedad y la concisión, como argamasa ideal, deben ir por todas partes. Para esto la emoción rara, el afecto exquisito, ó la idea nueva, ha de encajar sin demasiada holgura ni estrechez en la frase, é ir con ella en cohesión íntima, así como van en el diamante abrazadas la ternura de la luz y la firmeza de la roca. Y así como el afecto, la idea, ó la emoción en la frase, la frase ha de ir en el período, á fin de que el período resulte gracioso y liviano hasta volar como pluma, flexible como hoja de Toledo, fuerte, breve y cincelado como puñal damasquino.

De tiempo en tiempo, es verdad, sur-

gen en la prosa de Blanco Fombona períodos paramentados con exceso, pero nunca esos períodos llegan á deslucir el todo, semejantes á fragmentos de arquitectura plateresca y florida que interrumpiesen la severidad de un edificio de arquitectura sobria, sin quitar á los grandes lineamientos del conjunto la harmonía ni la gracia.

Si no todo, mucho de lo mejor de su prosa está en la consagrada á sus *Trovadores* predilectos. Es prosa culta, sabia, musical, sembrada de imágenes, digna de trovadores.

Cada uno de sus poetas es como un busto de mármol que él trabajó con deleite de artista y pulió con ternura y complacencia, hasta dar á la fría carnación de sus mármoles reflejos blancos, rosados, indecisos, murientes, que son como luminosa fragancia del más puro amor de su juventud, el casto amor de los versos.

Las manos del artista no señalan en esos bustos la fealdad, el defecto, menos aún lo deforme: para la obra no tienen sino caricias y guirnaldas. En la prosa con que Blanco Fombona canta á los poetas no hay propiamente crítica, al menos crítica de análisis, y esta observación en realidad no sorprende, conocido el temperamento poético del autor, pagano, como suele decirse, enamorado de la forma. Es muy difícil en el mismo escritor hallar al crítico de análisis concienzudo y al estilista perfecto. Los mejores críticos de arte, por lo general, han cuidado pocas veces el estilo, y casi ninguno de ellos merece el nombre de estilista. Stendhal, cuya alma de crítico no dejó de analizar un instante, nunca se cuidó de la belleza del estilo, hasta el punto de necesitarse de mucho amor á su talento, admiración por su

delicadeza de espíritu curioso y algo de cachaza para leer algunas de sus obras, como las *Memoires d'un touriste*, libro éste lleno de observaciones psicológicas agudas, hondas, originales, pero escrito en un estilo desesperante de monotonía y aridez. Reflexión análoga, que no idéntica, podría hacerse hablando de Taine y, entre los escritores vivos, hablando del autor de los *Essais de psichologie contemporaine.*

Otro, quizás, habría hallado en cada uno de los *Trovadores* pretexto para establecer analogías y tendencias ocultas, fijar extrañas relaciones de medios y escuelas ó plantear problemas de ética y de arte. Pero el estilo cincel de Blanco Fombona difícilmente sirve de escalpelo: apenas rompe las carnes, cuando ya se deshizo en gemas, en música, en rosas.

***

No es común hallar en equilibrio en un mismo escritor la dualidad envidiable del prosista y poeta. En general, sucede en los escritores que á la vez cultivan el verso y la prosa que, ó bien la prosa es inferior al verso, ó bien el verso es infinitamente inferior á la prosa. Esto es lo más ordinario. Pero otras veces no se trata de inferioridad relativa, sino de absoluta y radical diferencia, como si la prosa y el verso no fuesen obra de un solo y mismo autor, sino de dos autores distintos. Esto sucede con Maurice Maeterlinck, por ejemplo. Entre la prosa y los versos de ese belga raro hay como un abismo de tiniebla y de locura. Imposible parece que del mismo escritor sean la prosa clara y transparente, como agua de manantiales, del *Tresor des*

humbles y la vana y triste jerigonza en verso de *Serres Chaudes*.

Nada de eso en Blanco Fombona: su verso viene á ser como la consecuencia natural y quintaesenciada de su prosa, de modo que si ésta es robustez, hermosura y vigor, su verso es gracia, frágil y exquisita. Ala y pétalo á un tiempo, su verso vuela y perfuma. Perfecto, porque es ligero y denso á la vez, ligero como ala y rico en esencia como un pétalo, la estrofa viene á ser como rosa de oro imponderable, y el poema, breve y luminoso, uno como extraño joyel que simulase un gajo florecido.

Blanco Fombona trabaja su verso como un esteta. Aún más escrupuloso en el verso, no quiere nada común, ni falso, ni ajeno en su obra. Cultivador capaz y afortunado, quiere jardín propio y propias flores.

Las vulgaridades puestas de moda hasta no hace mucho en la poesía de América, no mancharon nunca sus versos: ni lo fascinó la pirotecnia de las hipérboles huguianas, ni se puso á fingir como los imitadores de Díaz Mirón, actitudes bélicas, trágicas, ridículas. Sigue á los últimos buenos poetas de América, á Gutiérrez Nájera, á Casal y sobre todo á Rubén Darío en la tendencia modernista á buscar para el verso castellano un horizonte más dilatado y libre.

Pero, siguiendo esa tendencia, él conserva su personalidad, y con ella va hacia la perfección. Supo escogerse una senda, y en la senda por él escogida ya están en flor *Las canciones*, *Los idilios* y las *Rimas galantes*. En general, y como todos los estetas, desdeña la rima loca, rica, resonante con música de cascabeles, como dice él mis-

mo, y tanto la desdeña, que sus versos, muy bien podrían llevar de epígrafe el rebelde grito de Carducci:

Odio l'usata poesia.

A la rima fastuosa, al ritmo vulgar, á la música de atambores, prefiere la rima discreta, el ritmo fino y recóndito, la música nueva y rara que exige nervio sutil y oído experto.

A la espontaneidad, á la frescura y al color, que no bastan, ha de añadirse la música, y Blanco Fombona trata de encerrar en su verso la mayor cantidad de música posible, y de música nueva. Por esto en sus versos resuenan las notas más finas, las de más numerosas vibraciones.

De su labor de esteta claro son testimonio y cima el *Don Juan*, la *Canción de hastío*, *La tristeza del mármol*, *Del Siglo XVIII* y algunos más de

esos poemas, cortos y ricos, especie de joyas las más preciadas de un Benvenuto de la lengua.

Pero todo no es en esos poemas vano encaje de cinceladuras y música vana. La obra de este poeta no es la obra de un impasible.

> que no es la rosa lo que turba
> sino el encanto del aroma.

Su verso, corto y fragante, es como grano minúsculo henchido de esencia. En sus poemas abundan los aromas, uno sobre todo, casi siempre débil, intenso á veces: el aroma de un sensualismo delicioso y vago. De todas partes, en su obra poética, nos viene al encuentro ese aroma fuerte y amable, que no es una excepción en Blanco Fombona, por el hecho de ser común á la literatura actual de todos los pueblos de raza latina; y digo pueblos de raza

latina, no desde el punto de vista del concepto antropológico, sino desde el punto de vista de las ideas estéticas, de las tendencias de arte y de la tradición literaria.

Recientemente, un crítico inglés, al hablar de D'Annunzio, considera el sensualismo d'annunziano como un hecho aislado, como flor de decadencia, malsana y ponzoñosa, y apoyado en este sensualismo, va contra la aserción del vizconde de Vogüé, según la cual D'Annunzio aparece como iniciador de un nuevo renacimiento. Pero, de una parte, el sensualismo de D'Annunzio no es un hecho aislado: ese mismo aroma sensual impregna todas las literaturas latinas: lo esparcen las prosas de France, Mendés y Louÿs, como lo esparcían los versos de Verlaine, cuando Verlaine dejaba la enojosa letanía del degenerado místico y, á fuer de buen hijo de Pan, soplaba

en su rústico pífano de roble,

según el verso del poeta bonaerense; el mismo aroma surge de los poemas del portugués Eugenio de Castro y de la obra de los modernistas americanos, como Blanco Fombona. Por otra parte, la existencia de ese general sensualismo podría más bien servir de apoyo á la opinión del galano prosista, académico de Francia. Todo renacimiento es como una adolescencia, y en la adolescencia predomina la vida sensual. ¿Existe nada tan sensual como las santas y madonas del Renacimiento italiano, cuyas formas palpitan aún con la vida del arte, inacabable y profunda, en todos los museos de la tierra?

Proveniente de su vago sensualismo y de otras causas, ya individuales, ya hijas del medio, de los versos de Blanco Fombona fluye, como una lágrima, y

se exhala, como un suspiro, la tristeza. Casi todo, en su obra, está embebido de tristeza. La tristeza corre por toda su obra como un río, y desborda algunas de sus estrofas, como desborda el agua el tazón de mármol de las fuentes. La causa más inmediata de su tristeza es quizás la falta de medio, entre nosotros, para un alma de artista. Pero esa tristeza, por sí sola, es obra buena, obra santa, obra ideal, porque unida á la de los pocos que luchan por el arte en nuestro medio pobre y mezquino, está labrando lentamente, como tenaz gota de agua en la roca más firme, un medio mejor y más generoso para los que han de venir, dentro de breve ó largo tiempo, con el puro amor del arte en el fondo del alma.

A veces me figuro que Blanco Fombona pretende, tal vez por lo excesiva, disimular su tristeza, y hasta disfrazar-

la con un antifaz rojo. Lo primero es fácil advertirlo en muchos de sus poemas; lo segundo me lo he figurado leyendo esos versos en que el poeta nos habla de su musa como de una bacante que viviera entre vapores de brandy y ajenjo. Pero no le creáis. La musa que inspiró *Los idilios*, *La tristeza del mármol* y las *Noches* tiene manos muy puras, maneras demasiado nobles, alma asaz aristocrática y selecta, y no puede vivir entre vapores tan sólo buenos para excitar bastos nervios de yanquis y almas pervertidas de grisetas errabundas. Triste, y aristocrática, esa musa no es bacante sino reina, pero, según parece por su tristeza honda, reina destronada y proscrita que, desde riberas extrañas, ve con los ojos fijos el punto del horizonte hacia donde queda la patria remota, y espera, espera, con heroica esperanza, el día en que

llegue á buscarla, restituyéndola al trono, su gran pueblo de súbditos. El pueblo de súbditos, en día no distante, llegará hasta los pies de esa reina musa: llegará esparciendo lirios, batiendo palmas, tejiendo coronas. Y entonces, mejor que hoy, podrá decirse de ella lo que de la musa de un gran poeta clásico dijo el más donairoso de nuestros viejos prosadores: *viste púrpura, tiene cetro, y manda.*

M. DIAZ RODRIGUEZ.

TROVADORES

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

—

FRESCA está aún la memoria de tu muerte, gentil trovador. Frescas las rosas que deshojamos en tu féretro. Frescas las lágrimas que lloramos en tu sepulcro!

Todavía no se ha borrado en nuestras almas el recuerdo lastimero de aquella tarde húmeda, de aquella tarde triste en que te dijimos adiós, por la vez última, en la ciudad doliente coronada de túmulos, en la ciudad llena de mármoles y de jardines,

ciudad que es al propio tiempo recinto de la paz y albergue del dolor.

Todavía no hemos olvidado aquella tarde melancólica de tu entierro : vibraban en el ambiente ráfagas de hielo y de tumba ; el cielo, en parte azul, á trechos pálido, de un blanco de nácar, se deshacía en lluvia como llorando tu desaparición, poeta. Y por entre el fango del arroyo, bajo la llovizna azotante y sutil, ibas tú, sobre nuestros hombros, en hombros de poetas, como alguien dijo, blanco de rosas, blanco de jazmines, camino del templo, á los ojos de tu capital querida.

Y ya en la iglesia se desplegó, en honor tuyo, la gran pompa religiosa : las preces, los psalmos ; las hopas purpúreas, los roquetes deslumbrantes de blancor, la mitra constelada de pedredería ; la luz verde pálida de los hachones, el negro fúnebre de los paramentos, la violeta arzobispal del Prelado ; las cruces de plata, los cristos de mar-

fil y de oro, los hisopos abrillantados de niquel.

Después, sobre tu sepultura recién cegada, vimos nacer, entre las flores frescas, una flor de poesía ; vibró en el aire, sobre los cantos de los cipreses funerales, el canto de un poeta, el adiós de un jardinero del arte que sólo cultiva en su verjel flores de antología.

*
* *

José Antonio Calcaño es, en América, uno de los mejores y más eminentes representantes del romanticismo.

En España ni en América, acaso por exigüidad de savia artística, acaso por otras más recónditas razones, no apareció nunca el Gautier, el Benvenuto del Verso ; ni el alma, sublimemente desolada, de Leopardi ; ni el desbordamiento lírico de Hugo ; ni la

poesía, toda cumbres, de Byron. Pero el romanticismo dio á la Península y á la América trovadores excelentes, algunos de ellos príncipes en la heráldica de las letras, émulos en cierto modo, de los magnos artistas del verbo castellano.

En España el más calificado entre estos poetas es el cantor de Granada; en Venezuela quien supo rimar *El paso doble* y *Los arabescos de Eduino.*

Bien pudiera decirse que José Antonio Calcaño es nuestro Zorrilla; pero entre ambos existen diferencias. Zorrilla supera á José Antonio Calcaño en la pompa lírica, en el esmalte oriental, en el deslumbramiento prismático, excelencias que avaloran los versos del poeta español. José Antonio Calcaño lo aventaja en elegante sobriedad de estilo, en corrección. Además el poeta venezolano no es sombríamente religioso, ni estrechamente patriótico.

Zorrilla canta pueblos españoles, monjas

españolas, militares españoles, reyes españoles, consejas españolas. Los *Cantos del trovador*, pongo por caso, es obra escrita solamente para España, para la España conservadora y clerical. En los *Poemas y leyendas* de José Antonio Calcaño no sucede lo propio : el poeta ama á todas las musas, bebe en todas las fuentes, llora todas las desgracias, conoce todos los pueblos, canta todos los cantos. Es más cosmopolita, más moderno.

La religiosidad militante de Zorrilla degenera en fanatismo ; la fe de José Antonio Calcaño perfuma el arte con un ligero perfume místico, lleno de encanto ; perfume que flota sobre algunas rimas del poeta como el alma fragante de sus versos.

Obediente al propio temperamento, y solicitado por las grandes influencias literarias del ciclo en que le tocó florecer, José Antonio Calcaño se adhirió á la escuela romántica, no sin que pagase lírico tributo al viejo ideal clásico, muriente.

*
* *

Los poetas románticos superan el arte clásico en el revoloteo amable del ingenio; en el arrebato, en la frondosidad, en la frescura de rosas del poema; en la música variante y seductora de los metros y las rimas; en el desorden armónico de la inspiración.

La inspiración romántica ora vuela hasta perderse entre las nubes, como un águila; ora se posa en un granado florecido y canta, á la luz de la luna, como un ruiseñor; vibra tiernamente como un laúd; espuma como el mar; aroma como el jazmín; es blanca y pura como una virgen escandinava, rosada y lasciva como una bacante, guerrera y leyendaria como Juana de Arco; es pálida como hilo de luna, negra como punta de tinta, azul como franja de cielo, roja como chispa de rubí.

La inspiración romántica llena el alma

de ensueños, de mariposas los jardines, los campos de verdor; se alza como banco de coral por entre las ondas azules; y canta como la estatua de Memnón á los fúlgidos besos de la aurora.

El clasicismo es correcto; pero monótono. El clásico diluye el sentimiento, como una droga, en la copa dorada del estilo; pone á abrasarse la inspiración, como un incienso, en el turíbulo de plata del lenguaje.

No es que se decante la rudeza del estilo poético. La inspiración ha de vestir traje de reina. El verso ha de brillar como el oro; tener consistencia de diamante; arrastrar púrpura como un Emperador. Pero que pueda también volar libre como una paloma; que en el ritmo no se ahoguen las ideas; que la métrica no sea jaula de la inspiración; que el verso ande franco y resuelto como un caballero abroquelado en armadura resplandeciente, y no tembloroso como un perlático, ni en silla rodante como un hemiplégico.

*
* *

Si José Antonio Calcaño floreciera ahora, no á promedio del siglo, antes que un gran poeta romántico sería un poeta original, con marcada tendencia propia.

Hoy las escuelas, como los dioses, se van. Ningún poeta se resigna á desaparecer sumado en una escuela. Cada quien aspira á vivir, á perdurar, por derecho propio. La desesperación de los poetas es la originalidad. Lo bello es lo raro, expresan algunos, y cultivan primorosas plantas exóticas. Para otros la suprema expresión del arte consiste en una rigidez marmórea. Se ha puesto en boca de la Belleza este canto :

Je hais le mouvement qui déplace les lignes ;
Et jamais je ne pleure et jamais je ne ris.

Hay quien suspira por hacerse pálida lumbre que, al través de la obra de arte, esparza rósea claridad de velador, suave luz de poe-

sía. Muchos no conciben el verso sino vibrante de intenso subjetivismo. El verso, como la nube, debe centellear. La poesía debe ser médula de alma.

Lo cierto es que ya no se habla, ó se habla poco, de escuelas literarias. Las personalidades llenan toda la crítica. Sin embargo, las teorías han legado mucho de bueno á las nuevas generaciones de artistas: la idea de una forma elegante; la independencia revolucionaria; la verdad, la conciencia de cómo es puro elemento de arte lo propio que una estrella de oro una estrella de fango, lo mismo que las vírgenes las cortesanas, igualmente cándidos ensueños de la fantasía y repugnantes lepras de una carne en putrefacción.

José Antonio Calcaño, asiduo lector de los poetas italianos, franceses é ingleses, se empapó un poco, en los últimos años de su vida, del espíritu moderno; pero éste sólo se manifestaba en nuestro cantor por la molicie de una factura primorosa.

*
* *

Las tendencias artísticas mueren cuando los espíritus se convierten hacia la aurora de otro ideal. Pugnar por redivivirlas equivale á querer resucitar una momia. El clasicismo murió. También el romanticismo ha muerto. Su cadáver, en descomposición, produjo miles de gusanos. Bien pronto los gusanos se hicieron mariposas; las mariposas echaron á volar, atraídas por la púrpura de los claveles, por las azucenas eucarísticas, las violetas episcopales, las magnolias, los jazmines y los lirios en flor. Ellas venían de lo negro, de la muerte, y volaban en busca del color y el aroma, volaban hacia la juventud perfumada de los jardines, volaban hacia la vida.

Esas mariposas nacidas del romanticismo son las nuevas estéticas. Y las nuevas estéticas, la juventud en las venas, el sol en los ojos, el lauro en la frente, cabalgando á su

turno en el Pegaso, sin herir al noble corcel alado con el espolín de oro, lo conducen por verdes y luminosas cumbres, mientras miran, como los Conquistadores del poeta, cuál surgen nuevos astros en cielos desconocidos, en cielos de un azul deslumbrante.

Muchas de esas novísimas flores de estética son cultivadas por un solo poeta. Todas ellas de distintos color y fragancia forman juntas el gran jardín del arte moderno. Pero en una cosa, en la cual era descollante José Antonio Calcaño, están acordes todos los poetas : en cincelar el lenguaje á manera de florentina joya ; en labrar como urna primorosa el estilo ; en pulir las rimas como ánforas ; en tejer con donosura la delicada urdimbre de los versos.

*
* *

Tu muerte nos ha simado en el dolor, dulce poeta ido. Rodó tu cuerpo exánime

junto al arpa trémula todavía con la música del postrer cántico; y los poetas, en voces delirantes de amor, queremos: para tu memoria, rosas; para tu sepulcro, el laurel; para tí, el mármol.

JOSÉ MARTÍ

JOSÉ MARTÍ

Si los hombres se miden por el éxito, pudo haberlos más grandes que José Martí; pero si la alteza de corazón, y la amplitud de miras, y el alma generosa valen por algo, José Martí es una memoria ilustre. Él triunfó sobre la indolencia de su país y lo llevó, del diestro, á la buena lucha; no á la victoria sobre el amo secular. Arrollado en la tormenta, como en una bandera, desapareciste, Rómulo!

El hastío no lo tomó de presa porque

ese Jesús, ese predicador, tenía su ideal : la República; su apostolado: la Libertad. Pero triste, con la tristeza del vivir, habló siempre en elegía, como algunos de los profetas, cuando no fulminaba á los fementidos, como el otro de esos visionarios las osamentas, cuando no bendecía la aurora del heroísmo en un pueblo ó en un alma.

Caballero de la Libertad, errante de clima en clima, cantó por donde quiera la canción de la Patria, á las veces indignado, á las veces melancólico. Allá va el peregrino: la cabellera riza, doliente la mirada. Las sonrisas huyeron de sus labios, con vuelo de paloma; las tristezas anidan en su pecho ; y cuando él dice de la Patria y de la Libertad, baten las alas fúnebres y alborotan la melena del bardo, esas libélulas del dolor, las melancolías.

¡ Poeta, condenado al aislamiento de las cimas, el odio, las cóleras, las pesadumbres, rayos de una misma tempestad, fulminan tu

frente! El martirio es privilegio tuyo! Consuélate con tu desolación, Prometeo!

Era una caridad de su inteligencia cuando él llamaba hermano, en són de camaradería, á los reclutas del Arte ó de la Revolución. Hermano! Hermano de José Martí vale como ser Dantón, que era elocuente; Kosciusko, que era patriota; Garibaldi, que era soldado; Lamartine, que era poeta!

Como escritor José Martí pertenece á una trinidad de soles. Él, Juan Montalvo y Cecilio Acosta, varones perilustres, equivalen en la gran cordillera de los ingenios americanos, al Pichincha, al Antisana, al Cotopaxi, perdidos en el éther, tocados de nieblas ó cubiertos de un turbante de llamas, y por cuyos flancos corre, á las veces, un río de púrpura, un deslumbramiento, una cinta de lava azul y roja, y de cuya cima brotan lenguas de fuego que surcan el espacio, lamen las nubes é incendian el horizonte.

Estos domadores del lenguaje contorcionaron el estilo, lo abrillantaron, lo pulieron, y esculpido y repujado, allí está, en sus obras, urnas labradas con primor, para encanto del gusto, por las Gracias. Correctos, elegantes, cinceladores, estos orfebres clásicos, enamorados de su lengua, nos la legaron flexible como una hoja de Toledo, vaporosa como una gasa, vibrante como un suspiro, sonora como una música.

Martí era un poeta adorable: poeta por la estrofa, blanca y alada como Psiquis; poeta por la prosa, urdimbre de seda joyante; poeta por el ideal, que era generoso; poeta por la voz, que era un canto; poeta por la mirada, que era triste; poeta por el corazón, que era grande.

Amó cuanto puede amar un pecho donde cupo el alma de Bolívar: la Libertad, la Patria, el Heroísmo, el Arte, el Amor; y su frente, ceñida en triple corona:—la de rosas, del poeta;—la de espinas, del már-

tir;—la del tribuno, de laurel, radia asimismo vaga sombra de resplandor.

Su palabra, música vibró, enamorando á las gentes; y el apóstol, heraldo de la Patria en prisión, nuncio de la Patria por redimir, susurró á quienes no lo desoyeron, cómo padecía en el cepo colonial la blanca virgen de sus amores, cómo era menester cortar la zarpa del león, hincada en el seno de la beldad, en el seno color de rosa.

Se dio á trabajos hercúleos, que hubieran fatigado á Teseo: él predicó el americanismo, la doctrina de la fraternidad salvadora; él supo recabar de toda la América hispana, simpatías á su obra de liberación; él fundió el alma del patriota isleño, y pudo, al fin, mercar el sudor de los cubanos para obtener el arma redentora. Y cantó sus sueños de libertad como Petoeffi; y fue diarista luchador como Carrel; y fue tribuno girondino y elegante como Vergniaud; y no le pesó en el cinto la espada de Carabobo!

Galante con el pueblo, por cuanto éste colaboraba en la obra emancipadora, nunca lo aduló el poeta. Jamás produjo Martí canciones populacheras, como Beranger ; ni poemas á lo Hood. Tampoco fue un bardo socialista como Rapisardi ó Ada Negri, esa musa latina.

José Martí es genial. Cuanto hizo, cuanto pensó, lo refrenda un sello señoril. De sus estrofas nace la hermosura como el fresco de las brisas, como la espuma de las ondas, como el beso de los labios.

Su prosa, tersa lámina de oro, empedrada de zafiros, corales, amatistas, esmeraldas y perlas, fulgura con el brillo de las piedras preciosas. El lenguaje, el gran lenguaje de José Martí, es una como vereda orlada por citisos de flores amarillas, acacias verdes coronadas de púrpura, y olorosos naranjos cubiertos de azahar. Y esa vereda, mullida por la grama, es el camino real de pensamientos heráldicos.

El tribuno tenía de Loreley el canto y el encanto; la falacia, no: aquellos que torcieron el rumbo, seducidos por la sirena, miraron cuál surgía de la onda azul, como gasa de espuma, la Verdad.

Y este poeta ha sido, en la centuria, el último de los libertadores. Afortunado él que no miró su ensueño, ya cristalizado, botín de mercaderes.

Cayó como Byron, en la mirada la tragedia. Murió, caballero en su corcel de batalla, el rostro al enemigo, en defensa de su Patria, de su Obra.

Y su vida fue holocausto !

JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE

JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE

—

SÓLO una vez lo vi. Fue una mañana de conmoción popular; una de esas mañanas históricas, llenas de porvenir, en las cuales amanece con el día la revolución; una de esas mañanas luminosas, mañanas de la libertad, mañanas en que se guarecen los egoístas, los cobardes, y se echan á las calles, el grito en la boca, la ira en el pecho, la llama en los ojos, el arma en el cinto, la multitud hambreada de pan y derecho, los poetas

menesterosos de emoción, los soldados cumplidores de su deber, los valientes de todas las clases.

Este día los bulevares del Capitolio, las avenidas de la Plaza Bolívar, el Correo, los alrededores todos de la Casa Amarilla rebosaban en gente, gente ceñuda, en actitud hostil.

No había mucho espacio de tiempo que el Presidente lo era. Meses antes se acababa de inaugurar un Gobierno, Gobierno civil, constitucional, que tuvo al iniciarse todas las simpatías de la opinión pública; pero que bien pronto se las enajenó, gracias á errores políticos de magnitud.

El pueblo, arremolinado al pie de los balcones de la Casa Amarilla, clamaba por el Gobernante. Detrás de los cortinajes carmesíes, al través de las vidrieras, la muchedumbre miraba amigos y edecanes del Presidente, y suponía la propia persona del Primer Magistrado. Obediente al clamoreo

popular apareció, á la postre, el Jefe del País, entre ministros, rodeado de un séquito de áulicos.

Entonces en el público se hizo el silencio. En la acera del frente, bajo los árboles de la avenida, casi en brazos de la multitud, empezó á perorar un desconocido, un joven de pelo rubio y ojos claros.

No puedo recordar qué dijo; recuerdo, sí, esta frase con que rompió su discurso:

—"Hay rumores, ciudadano Presidente, que no llegan hasta la altura de vuestros balcones, pero que minan su base."

El novel tribuno continuó su catilinaria, bella y vibrante. El Magistrado balbuceó no sé cual disculpa.

La muchedumbre ese día quedó satisfecha. No supo hacer uso de su victoria, y se dispersó.

En uno de los grupos vi á un hombre de cuyos labios pendía la atención del concurso. Todos lo escuchaban con cariño. Ha-

blaba con entusiasmo del valiente orador. Pregunté cómo se llamaba aquel hombre. Así supe cómo tenía á mi frente á Juan Antonio Pérez Bonalde.

Muchacho, amante obscuro de un arte que apenas comprendía, el nombre prestigioso del poeta sonaba en mis oídos dulcemente. A mis ojos infantiles la leyenda y la gloria aureolaban al trovador, siempre errante de clima en clima.

Me fijé mucho en el bardo aventurero y talentoso. Vestía un traje de franela blanca. Su cuerpo, robusto, más parecía de militar que no de poeta: el pecho, ancho, fortísimo, bueno para llevarse de frente legiones enemigas; la mano, propia para la empuñadura de la espada; todo él respiraba un aire marcial. De sus labios fluía un torrente de palabras; voces sonantes, líricas. Diestra y siniestra, ambas manos movíalas en la acción, vivamente. Tras el cristal de los lentes relampagueaban con negra luz las pupilas.

El cuello era de toro, la tez bronceada, el pelo rizo, la barba nazarena.

La impresión que produjo en mí el desgraciado poeta la conservo intacta. No volví á verlo.

Venezuela, poco desqués, entró en la sombra. La guerra civil se paseaba por todo el territorio de la Patria, destruyendo, sembrando la muerte, la ruina, toda suerte de horrores.

Ese mismo Presidente apostrofado con dureza, en sus barbas, por un pueblo descontento, lanzó el país á la guerra con su conducta odiosa y criminal.

Y en medio del formidable cataclismo de la revolución, Venezuela no supo cuándo, obscuramente, en un rincón de la Patria, frente al mar, moría el poeta generoso, de estro erguido, de inspiración fecunda; el poeta que la enalteció, cantándola, y cuya memoria es astro de blanca luz ideal que ilumina el cielo patrio, no siempre azul.

***

De todos los antiguos poetas venezolanos Pérez Bonalde es hoy, salvo Andrés Bello, el más conocido en América; el más estimado por las nuevas generaciones líricas, dentro y fuera de la Patria.

Y la razón es obvia: Pérez Bonalde fue un antecesor nuestro. Cosmopolita, él no tenía una estrecha y vulgar concepción de la Patria; pensador, amaba la libertad de conciencia; liberal, abominó siempre de la dictadura. En su época fue exótico; y como precursor, que lo era, corrió la suerte de todos los que se adelantan á su tiempo sin llegar á imponerse y dominar.

Fue víctima, una víctima ilustre. Se vio sin Patria. La maldad y el cretinismo lo desterraron. Sus ideas políticas chocaban abiertamente con el régimen imperante. Como pensador se asfixiaba en nuestra atmósfera

de sacristía. Poeta, nutrido con la savia de las literaturas sajonas, y animado de un espíritu de independencia artística, mal pudiera avenirse con gramáticos, y adornar el seno de la Musa con desteñidas flores retóricas.

Pérez Bonalde empezó á peregrinar. El menciona melancólicamente su partida, en el mejor de sus cantos.

Navegó todos los mares: los del Norte, los del Sur, sobre la onda cristalina y en plena tempestad; cruzó todas las tierras: las de la India, las de Rusia, las de Argel; habló todas las lenguas: el alemán, el inglés, el italiano; tradujo á todos los poetas: á Shakespeare, á Heine, á Pöe, á Junqueiro, á D'Abreu, á Uhland.

Fue ciudadano universal. Vivió en los Estados Unidos, como un banquero de Chicago ó de Filadelfia; naufragó en el Báltico, como un pescador finlandés; cazó leones en Africa, como Tartarín.

No cupo en la Patria. Encontró estrecho el horizonte intelectual para las alas de su ingenio, y el horizonte geográfico para sus grandes zancas de andarín aventurero.

Lo mismo, antes que á él, sucedió al genial Bello; lo propio, al día, acontece con el insigne Zumeta. Venezuela ha sido cruel con estos hombres ilustres. Para Bello la calumnia, para Bonalde el desdén, para Zumeta la indiferencia.

Aquí sólo medran las medianías. No hay nulidad sin peana de prestigio. No existe mediocridad sin aureola. La alabanza, ese óleo sacramental, lo hemos prostituido. Ya no baldona el vituperio. Este es el triunfo de los criticastros, de los poetastros, de los politicastros, de los filosofastros. Las del día son virtudes de carnaval. Es hoy la fiesta del cretinismo; la apoteosis de la estupidez.

Pérez Bonalde se exilió en hora feliz. Gracias á su destierro, soñó, vibró, vivió; gracias á su destierro su nombre es nuestro orgullo.

La lejanía de la Patria es bienechora para los poetas: ensancha las ideas, purifica las inclinaciones, acrisola los sentimientos. Fuera del terruño se conoce mejor al hombre; se comparan los países; se estudian las costumbres; se clasifican los pueblos; la noción del mundo se aclara. El corazón, en la soledad, se depura. Y empiezan á salir del alma esos raudales de lirismo, esas músicas mágicas y proféticas que enamoran.

En el destierro han cantado sublimes poetas: desde San Juan, que en Patmos vio las visiones fulgurantes del *Apocalipsis;* desde Ovidio, que en el lejano Ponto-Euxino concibió *Las Tristes,* hasta Byron que errante por Europa, en la desolada cumbre del Jung-frau sufrió las torturas, las negras misantropías de *Manfredo,* hasta Víctor Hugo que en Guernesey, solitario y melancólico, á la orilla del mar, flageló con sus *Castigos* justicieros las espaldas del déspota cesáreo.

Pobres poetas! El dolor los inmortaliza. Viven de la agonía de su alma.

***

Pérez Bonalde no se parece á los poetas españoles ni americanos. No tiene, como los peninsulares, sonoridad de tambor, sonoridad de vacío; se distingue de los americanos en que su estrofa, nada pampanosa, no yace hundida bajo el follaje esplendoroso de nuestra flora, ni está llena, como jardín zoológico, de la pintoresca, excepcional, rica y monstruosa fauna de América.

Pérez Bonalde, desde la juventud, alimentó su espíritu con médula de literaturas extranjeras. El arte alemán y el de Inglaterra, sobre los demás, lo cautivaron. Sus poemas, avalorados con la elegante concisión de los bardos ingleses, cuanto es posible en nuestro idioma músico, espiran el aliento suave, perfumado y encantador del lied germánico.

En España hubo un poeta que si no padeció tanto, como el satírico y desesperado cantor del *Intermezzo*, llegó á escribir un poco á la manera de Heine. Este poeta, el bardo hispalense Gustavo Adolfo Becquer, es una de las más puras glorias líricas de España. Ha sido él de todos los poetas de la Península quien ha tenido idea más moderna del amor. Acaso merced á un atavismo, á una ley de herencia, Becquer haya gozado el dolor de amar; y expuesto como artista germano la dulce enfermedad del alma, el mal de amores.

En algunas *Rimas* de Becquer asoma francamente su perfil la Musa germana; y los ojos azules y las crenchas de oro y el brial joyante reciben la caricia del poeta, del poeta de España. En corto y gentil poema del conde austriaco, firmante con el seudónimo de Anastasius Grün, es inspirada la IV rima. La rima *XXIV* la generó, de igual suerte, otro poemita del pulcro y ele-

gante Geibel. Becquer debía de amar al cantor de *Juniuslieder*, por la exquisita forma, por la frescura del sentimiento, por el verso enamorado, condiciones que lo hacen adorable; debía de amarlo, no menos, ya que Geibel tradujo á su lengua nativa una buena parte de la poesía española. Cuanto al divino mago de Düsseldorf, sabemos dónde está, y en qué consiste el influjo sobre el poeta de las *Rimas*. Es conocida la Musa heinesca; la Musa de boca rosada y en flor, que brinda un beso y da un mordisco. Esta Musa es como la Esfinje: tiene senos de mujer y zarpas de león. Heine, como Caserio Santo, hiere con un puñal, oculto entre rosas.

Sin parecerse en nada á Becquer, más que el poeta español dentro del clásico molde castellano, Pérez Bonalde, empapado del propio lirismo que el cantor hispalense, abrió, en cierto modo, nuevo rumbo.

La cuestión metro, ritmo, rima, la originalidad, en una palabra, lo preocupa á me-

nudo. Pérez Bonalde hace gala de la diversidad de metros, del corte del endecasílabo, de la violencia de la cesura, de los acentos, del juego de vocales, de todo cuanto constituye el mecanismo del verso. A un tomo de poesías le dio por título el de *Ritmos.*

El no se atreve á romper con ciertos convencionalismos, y crearse un metro extraño, nuevo, propio. Para eso se necesita más carácter, más espíritu de luchador, más desprecio por la opinión pública, más condiciones, en fin, de las que adornaban á nuestro eminente compatriota.

El es, sin embargo, un poeta meritísimo, acreedor de la justicia y de la gloria. Pérez Bonalde, antes que otros poetas, calumniados por el vulgo, usó de varios metros alternos en una misma composición, sin romper la cadencia de la estrofa, sin asombrar el brillo del poema, sin dar muerte alevosa al encanto de la poesía.

Es ingeniosa, rica, feliz por todo extremo,

la junta de metros en la bella poesía *La magia del canto,* una traducción.

La poesía de Pérez Bonalde no es aparatosa.

No se distingue por la grandiosidad.

El no ilumina sus cantos con luces sulfurosas, ni se despeña á un abismo de dolor, entre maldiciones grotescas. Su aspecto no es teatral. Amó el arte noblemente, é hizo de él el solo culto de su alma. No engañó á nadie con ese efectismo sonoroso, tan á la moda de su tiempo. Al revés de algunos románticos, muy en boga cuando Pérez Bonalde escribía, él no desgreña los cabellos de la Musa, los alisa, los engalana con rosas blancas, diamelas, y purpúreas clavellinas. La Musa no es para él ni Bacante, ni Diosa, ni Virgen Madre, ni patibularia bruja, ni beldad hosca, ni maléfica hechicera, sino la blanca aparecida que consuela, en noches de dolor, al bardo triste, le habla de las rosadas Venturas, le canta á los oídos lo que ruje en

su imponente majestad *El Niágara*, amorosamente le inspira la dolorosa *Vuelta á la Patria*, y le sirve de dulce mensajera para llevar el ósculo de amor á la novia distante y querida.

Pérez Bonalde, como verdadero poeta, presta encanto á todo lo que sale de su pluma. La música de su lira, una vez escuchada, queda resonando vaga, amablemente, en lo más profundo del alma. Es de él reinar en los corazones.

Triunfador del arte, mago de la lira, su nombre es luz; y su canto, gloria de los poetas.

***

Es la *Vuelta á la Patria*, en mi sentir, la obra maestra de Juan Antonio Pérez Bonalde.

Este canto, corona del poeta, la caricia más tierna de la Musa, es doloroso como

una lágrima, blando como suspiro de amor, fragante como seno de virgen, azul como cinta de cielo.

Amarguras de huérfano, penas de soñador, llantos de desterrado, lamentaciones de patriota, se juntan en la poesía encantada con el alborozo del que arriba, con la visión esplendente del terruño, con el recuerdo de juveniles horas de dulcísima ignorancia.

El bardo empieza á cantar al grito de tierra, cuando en el brumoso horizonte, en la confusa lejanía, á la distancia, se percibe la sombra, la faja indecisa, que, poco á poco, se va cambiando en la cresta azul de un monte. El barco se acerca á la playa nativa, y el poeta columbra las

riberas bordadas de palmares,

y la brisa, fragante, cargada con la esencia de las flores silvestres, orea la frente del cantor.

El poeta pisa, al fin, tierra patria.

Ya no hay sino montañas y horizontes
Y el pecho se estremece
Al respirar, cargado de recuerdos,
El aire puro de los patrios montes.

.....

De pronto, al descender de una hondonada,
"Caracas allí está," dice el auriga.
Y súbito el espíritu despierta
Ante la dicha cierta
De ver la tierra amiga.
Caracas allí está. Vedla tendida
A las faldas del Avila empinado,
Odalisca rendida
A los pies del Sultán enamorado.

.....

El poeta ansía llegar; quiere ver pronto seres y cosas caros.

En medio del alborozo, el infortunio lo hace romper en llanto.

..... Pára, cochero:
Tomemos cada cual nuestro camino!
Tú, al techo lisonjero,
Do te aguarda la madre, el sér divino
Que es de la vida centro y alegría,
Y yo..... yo al cementerio
Donde tengo la mía.

Esto es muy hermoso; pero lo siguiente es muy hermoso y muy humano. El corazón del bardo se mueve á impulsos de encontrados sentimientos: el regocijo de la llegada á la Patria, y la amargura de la madre desaparecida.

El poeta, lo primero, corre al cementerio donde su madre reposa, y alza un cántico desesperado, una elegía desgarradora. El alma del poeta, cielo azul, se va encapotando, poco á poco, hasta deshacerse en una lluvia de rayos dolorosos. La lira se desata en trenos vibrantes de una tristeza contagiosa.

El poeta arriba al pie del sepulcro maternal y empieza á gemir:

Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo
A darte con el alma el mudo abrazo
Que no te pude dar en tu agonía;
A desahogar en tu glacial regazo
La pena aguda que en el pecho tengo,
Y á darte cuenta de la ausencia mía.

Madre, aquí estoy; en alas del destino
Me alejé de tu lado una mañana,
En pos de la fortuna
Que para tí soñé desde la cuna;
Mas, oh, suerte inhumana!
Hoy vuelvo, fatigado peregrino,
Y sólo traigo que ofrecerte pueda
Esta flor amarilla del camino
Y este resto de llanto que me queda.

El fragmento es magnífico. Confieso que nunca lo he leído sin sentir que la emo-

ción, cristalizándose en perlas, al borde de mis ojos, surque mi rostro.

Esta poesía es el collar de lágrimas de la Musa. Nada más bello; nada más triste. Concebida fue bajo el influjo del pesar; escrita con sincera amargura.

Si bien perteneciente á otro género literario del que hoy se estila, la *Vuelta á la Patria* es de ese grupo de poemas que, eternizándose, acrece el acervo lírico de las edades.

Flor de antología, ese canto doloroso se ha redimido por siempre del olvido. El tiempo no podrá injuriarlo. Permanecerá en pie, conmoviendo á quienes lo lean. Y cuántas lágrimas, tributo del corazón, no le debemos todavía!

***

Conocedor de todos las literaturas de Europa y consumado políglota, Pérez Bonal-

de pensaba y escribía en las ajenas lenguas con tanta soltura y elegancia como en la de Castilla.

Corre como valido que el poeta, de paso en Roma, obtuvo la amistad protectora de Pío IX, gracias á unos versos latinos que compuso y consagró á Su Santidad.

El hábil artista escribió asimismo en la lengua de Camoens lindas estrofas; y con blandos poemas, en la lengua y en la patria de Walt Whitman enamoró á su esposa, yankee de origen.

Él montó al aire en aros de oro puro, trabajados con primor, las perlas, los brillantes, las esmeraldas, los zafiros, todas las piedras preciosas de la Musa extranjera.

Pérez Bonalde hizo para nosotros, transparente, el corazón de Enrique Heine, esa profunda cisterna de lirismo; y las penas del germano infeliz pueden ahora sollozarlas, en dolorosos poemas, los labios españoles de ambos mundos.

Paul de Saint-Victor, cuyo buril es indeleble en su blanca prosa de mármol, desde más allá de la tumba, vibrante de emoción, verá la sagrada Venus y el poema propio, esculpido en noble verso, inmortal como la diosa misma.

Poeta del Mediodía, Pérez Bonalde, parte con Baudelaire la gloria de traducir al bardo del Norte. El trágico cuervo cuya sombra atormentaba el alma de Pöe; el cuervo plutoniano, hijo de la tiniebla; el pájaro enigmático y simbólico, de graznido espantable, ha rompido á volar bajo el cielo del sur, proyectando sus alas de obscuridad, pavor de los corazones, en las veladas tristes, las noches de diciembre.

Se habla de una traducción de Lucrecio, que dejó el bardo inédita; háblase también de un manuscrito sobre el varón eminente en cuyo sepulcro grabó un día el entusiasmo de un pueblo esta frase orgullosa: *Tantum nomine nullun pari elogium.*

La Patria goza el derecho de pedir cuenta de ese oro amonedado y oculto. Pobre la madre, necesita el tesoro de sus hijos. ¿Quién será osado á negarle ese auxilio de gloria? Los grandes poetas no pertenecen á la familia. Se deben á la Patria, á la Humanidad; al Arte, á la Historia.

Comience entre nosotros la justicia, para los desaparecidos ilustres. El mármol, la piedra blanca y pura, encarne á los poetas; y miren las generaciones esas frentes donde aleteaban castos Ideales; esos pechos, albergue de corazones perfumados como una flor, sonantes como una lira, de cuyo encanto viven y se alimentan.

UN POETA JOVEN

UN POETA JOVEN

—

HAY entre nosotros un poeta joven, muy joven, endeble de cuerpo, gentil de alma, modesto por el origen, noble por el espíritu. No lleva un gran nombre heredado. El esplendor de su nombre comienza en él. Su nobleza, como la de Napoleón, data de Marengo, es decir, de uno de sus mejores triunfos. Su nombre no lo ilustra; pero él ilustra su nombre. El poeta, nacido á orillas de un lago, tiene de ese lago nativo la ondulación, la trans-

parencia azul, el encanto melancólico, la tristeza.

Los ojos, profundos y negros, circuidos como de un halo de moradas violetas; la sonrisa irónica; la boca, de comisura despectiva; la cabeza, movida al compás de un ritmo elegiaco, todo en el poeta está diciendo cómo es él uno de esos vencidos precoces, para cuyos labios no hubo mieles, uno de esos corazones rebosando tristezas, como un ánfora perfumes.

Mientras trazo estas líneas, inspiradas por la lectura de sus versos, no sé dónde ande peregrino el dulce trovador: acaso more la ciudad en que rodó su cuna, ciudad valiente como un héroe, noble como una leyenda, inspirada como una canción; acaso busque por las montañas de los antiguos Teques, cumbres bienhechoras, la salud; acaso pulse la lira, al pie de los refrescantes cocoteros, orillas de la laguna, en la tierra de Mara.

Este poeta ama con amor de novio á la naturaleza. Corre tras de claveles escarlatinos, nardos de nieve y campánulas azules, como una mariposa. Su poesía es blando aleteo de palomas. Tiene claridad de arroyo y frescura de ráfaga. Es apasionada como un beso.

Siempre recuerdo cómo lo conocí. Yo arribaba de los Estados Unidos, después de larga estada en aquel país, é iba por vez primera á la redacción de un periódico donde me saludaron con especial afecto. En la penumbra, torcido, escribiendo á una mesa desmantelada, mesa de periodista, pude obobservar á un joven de fisonomía interesante que no se dignó siquiera alzar los ojos á mi entrada; pero que me miró fijamente no bien hubo oído mi nombre. Llegaba yo rodeado del prestigio de mi primer triunfo como poeta. Joven y poeta, ¿qué mucho que otro poeta, joven también, se interesase á mi presencia? Ya me partía cuando al-

guien lo nombró. Su talento me era muy conocido; su nombre muy familiar: lo estaba leyendo de diario en los periódicos, al pie de lindas canciones de amor. Sin más me llegué al poeta, y le tendí la mano. Desde entonces somos amigos. Hoy es grande la admiración que me inspira su talento y el cariño que me inspira su persona.

Espontaneidad, elegancia, exquisitismo, nada se echa de menos en los cantos de este poeta; pero su educación artística es muy pobre. Todo en él es ingenuo. Su poesía se distingue por el candor. Su tristeza no es, según hermosamente expresaba, á otro respecto, José Martí, mal de libros; nació con él ó la respiró su alma con el primer aliento, en la primera onda de vida.

Cuanto á factura, la de su poesía es suelta como nado de cisne; correcta sin ser académica; hermosa sin coquetería. Cante á

la naturaleza, este panteísta, y logra una originalidad que en vano buscan los poetas desde los tiempos de Virgilio. El se echa encima de la verdura de los céspedes y abraza á la tierra y la besa, como á una querida. El alma de su fecunda amante la respira él en el aroma de las rosas, en la frescura de las brisas, en las irradiaciones de los astros, en la bruma de perla de las noches.

Este es un poeta eminentemente americano. Por sus versos pasan nuestros arroyos, frescos y espumantes, rodando linfas de cristal; nuestras montañas verdes, pobladas de follaje rumoroso, en donde cantan azulejos, capanegras y cardenales de copete purpúreo, toda suerte de cantos; nuestras noches de plata, rayadas de oro por miriadas de cocuyos; y nuestro sol que muere, como un Sardanápalo, cubierto de púrpura, entre llamas.

En sus poesías cuaja el café botones de escarlata, y se corona de azahares, á manera

de novia el día nupcial; las espigas florecen; los toros mugen; trinan los pájaros; se esponjan, al sol, blancas palomas;

y bajo inmensa umbría
formada por los árboles espesos,
arpas en cuyas cuerdas todavía
temblar parece el ritmo de los besos
con que se anuncia en la espesura el día;
bulle el agua y en medio de las breñas
preludia, como un pájaro, sus notas,
y salta por encima de las peñas
y rompe luégo en irisadas gotas.

Los versos cantan. El poeta no padece de afasia: no tartamudea. Su verbo es vibrante como nota de clarín; tierno como arrullo de madre; limpio como un mármol; luminoso y azul como un zafiro.

Contemplad una aurora lírica del poeta. Las tintas son fuertes: púrpura solar, blancor de espuma, oro de llamas; los aromas

son intensos,—«cada flor es un búcaro,» canta el poeta;—hay explosión de perfumes; la brisa lleva en sus alas trinos de pájaros, como una mujer hermosa lleva en su cuello fulgor de perlas, y en sus crenchas de ébano ó de oro destellos de pedrería.

Ved cuánta frescura en esta mañana, y cuánto primor!

..... Por las altas lomas
la lumbre de los cielos se derrama;
es cada flor un búcaro de aromas
y una cuerda que vibra cada rama.

El horizonte púrpura destella;
naturaleza, al despertar, suspira;
arriba, es un diamante cada estrella,
abajo, cada tórtola una lira.

Y de la aurora á los primeros rayos
despiértanse los gérmenes dormidos;
hay en las flores lánguidos desmayos
y vibración de arrullos en los nidos.

Allá, en lo más espeso de la fronda,
miente la luz alcázares de llamas,
y saltan en los pliegues de la onda
fluecos de espuma y resplandor de escamas.

El ala vagabunda de la brisa
recoge los alegros del sinsonte,
y, como una inspirada pitonisa,
susurra cosas nuevas por el monte.

Rasga el arado la feraz llanura;
el surco abierto la simiente encierra,
y hay estremecimientos de ternura
en las hondas entrañas de la tierra.

Este, si bien herido á menudo por el poeta, no es el único alambre de su lira, cuyo cordaje numeroso trina bajo la caricia del plectro. Y bullen en la bien encordada cítara del bardo: los madrigales de seda, color de rosa; los recuerdos líricos, llenos de fragancia de juventud; los anatemas vibrantes; los apóstrofes rojos de ira; los

cuadros de vírgenes yacentes; las negaciones rotundas de divinidades y profetas; los himnos á la patria; las estrofas socialistas; y los cantos de tributo al eterno femenino, domeñador del alma y de la lira del poeta.

Pero ¿la llama de ese numen arderá mucho tiempo? Varias razones militan en favor de una negativa contristadora: la primera es que el bardo no cultiva, como debiera, su espíritu, y el alma sin abono intelectual se esteriliza. Además, el periodismo político, que agota; la lucha por la vida, que acobarda; el indiferentismo ambiente, que hiela; acaso la idea de una desaparición prematura, todo conspira á malograr este ingenio, brillante como un sol.

¡Ojalá cultive en su verjel nuevas rosas; y no repita, como un ruiseñor, los mismos cantos á la luz del mismo cielo.

En el museo del arte, vario y pintoresco, son los poetas unas como estatuas. Shakespeare es estatua de oro; Dante de

bronce; Leconte de Lisle de mármol; de marfil Gautier. En ese museo ideal también está el poeta de quien hablo. Su estatua es de granito color de rosa. Y al pie de esa bella estatua, emblema de juventud, con blanca pluma de cisne, entre acantos y lotos y verdes mirtos, dibujaron las Gracias ese nombre lisonjero Víctor M. Racàmonde.

ALFREDO DE MUSSET

ALFREDO DE MUSSET

—

El poeta que por primera vez se halla en París ha de gozar de una beatitud radiosa. La ciudad que lo hospeda es, no sólo un pedazo del pueblo donde se han cumplido grandes hechos de la Historia; no sólo una ciudad ilustre, bella, artista, heroica; sino también uno de los rincones del planeta más dignos de ser habitados: París es la Jerusalem del Arte.

El poeta que arriba allí ha debido de-

soñar con la Santísima Venus de Milo, ante cuyo mármol bien pronto podrá caer de rodillas. Su corazón alguna vez se habrá dolido presintiendo el amor trágico de Margarita Gautier, divinamente sufrido por Sarah Bernhardt. Acaso piense que mañana ha de ir como un romero al Panteón, cuyas eminentes cúpulas, cuyo maravilloso frontispicio, cuyas decoraciones murales, no son suficiente adorno para el templo que guarda en honda cripta lo que de mortal hay en Víctor Hugo.

Un poeta, si lo es, no entra en París de cualquier modo; entra como un voluptuoso en la alcoba de una hermosura: movido de amor sensual, con labio pronto á imprimirse hasta en las últimas moléculas de carne.

Una de las memorias de París más caras á mi corazón es la de mi primer visita al cementerio del Padre Lachaisse, un pálido medio día otoñal, la atmósfera hú-

meda, el sol ceñido el casco de plata, no el de oro, y en un rincón del cielo, pobre nube herida cuyo vientre azul empezaba á verter olas de púrpura.

Iba á cumplir un rito romántico : á meditar sobre la tumba de un poeta, sobre la tumba de Musset.

¡ Alfredo de Musset ! Dulces memorias dormidas despiertan alegremente á este mágico nombre ; y el alma se pone á cantar nuestras estrofas, las tempranas, las vestidas de blanco, las que mejor exprimen la ingenua canción de la inocencia.

¡Alfredo de Musset! El ha inspirado nuestra poesía de adolescentes ; ha introducido en nuestro corazón la ternura de sus poemas ; y hace nuestro regalo con las dolorosas melodías de su laúd.

¡ Alfredo Musset ! El poeta busca sus cantos como el enamorado el seno de la hermosura; sus estrofas van al alma como el hierro de un guerrero al corazón del enemigo.

***

Había rosas en la tumba del poeta; rosas húmedas, llenas de besos ó de lágrimas. Los diamantes tembladores en los mórbidos pétalos no decían que eran : si perlas de llanto ó gotas de lluvia.

El infortunado cantor expresó un día este triste deseo :

Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière,
J'aime son feuillage éploré ;
La pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre où je dormirai.

Allí está. Asombra la tumba del poeta un árbol de follaje doliente. En él posados endechan los ruiseñores, á la luz de la luna. De su copa gentil vuelan, á media noche, las elegías de los pájaros.

Corren esculpidos en la piedra tumular las nombres de sus más bellos cantos: *Namouna,* donde Sainte-Beuve dice leer estancias que en nada ceden á las mejores de la lírica francesa; *Las Noches,* dolorosas cimas del Arte empapadas en llanto, vasos de oro llenos de una poesía embriagadora como el haschis; *Rolla,* cuyos versos poderosos se enroscan en el alma como los anillos de la sierpe trágica en el cuerpo de Laocoonte.

Hay un busto del poeta: un Musset de mármol, enflaquecido, pálido, melancólico; los ojos allá dentro, en los laberintos del ensueño; la frente, campo de batalla de las ideas, abultada, combada, al empuje de pensamientos que se entrechocan para salir; el pecho, desnudo, un sólo cardenal invisible de amores desgraciados. No es éste aquel otro busto del poeta: la barba, florida; el traje, de gala; obra del escultor David; busto feliz que desde una co-

lumna ve, con ojos enamorados, una Jorge Sand de mármol, radiante de talento y de juventud, esperándolo en el fondo de un pasillo, en la Comedia Francesa.

***

Del país de Francia amo por sobre los demás á tres poetas, los tres desemejantes, antagónicos casi. Tendencias, modos de sentir, modos de expresar el Arte, todo pone buen espacio entre ellos. Estos poetas se llaman Víctor Hugo, Alfredo de Musset y Carlos Baudelaire.

Víctor Hugo es en orden á los poetas lo que es el Amazonas en punto á ríos: el primero. Pensamientos de Víctor Hugo hay envueltos en sombra; pero á nadie sorprende que los picos de montaña demoren entre nubes.

El cuáquero Paine sólo ve vates en los profetas bíblicos; ¿quién es el que no adivina un profeta en el bardo francés?

Él canta de libertad cuando su pueblo yace en la servidumbre; él recibe, él impone tremendos *castigos*, todo por igual; sus cóleras no van en zaga á las de Isaías; sus yambos superan á los de Arquíloco; él, como Jesús, resucita muertos; los evoca y comparecen; ahí están: Caín, el fratricida; Carlos V, el Rey; Torquemada, el inquisidor; Bonaparte, el héroe.

Víctor Hugo ha muerto; pero muchos siglos habrá de gustarse la poesía de sus creaciones. El Amazonas cae al mar; pero sesenta leguas mar adentro puede beber el navegante el agua dulce del río.

Alfredo de Musset es uno de los poetas que mas hayan rendido culto al yo. Todo lo refiere á sí mismo. Acaso deba su renombre, mayormente entre jóvenes y mujeres, al ser poeta de vigorosa personalidad, intensamente patético; cantor de dolores que, ó hemos padecido ó somos capaces de padecer.

Está muy lejos de lo que llamamos hoy un refinado. Sincero, espontáneo, su poesía es transparente. Corre en ondas al través de las cuales se ven guijas de oro. La métrica no enjaula á este condor. Para él el Arte no es Cáucaso ; la gramática no es buitre. Prometeo en pie, grita sus dolores. De ahí que Bourget haya escrito : *il y a de l'orateur dans Alfred de Musset.*

Baudelaire es muy otra cosa. Baudelaire es el mágico á quien ha dicho Víctor Hugo: habéis dotado el cielo del Arte de no sé qué rayo macabro; habéis creado un escalofrío nuevo. Baudelaire es de los que creen,—como afirma D'Aurevilly,—que todo está perdido, hasta el honor, á la primera rima débil, en la poesía más animada y vigorosa. Baudelaire es el poeta de quien ha escrito Eduardo Thierry : en él reconocería Dante su ímpetu, su palabra espantosa, sus imágenes implacables y la sonoridad de sus versos de bronce.

Hugo, Musset y Baudelaire constituyen una trimurti extraña y gloriosa. Si cupiera el expresar con colores la sensación que uno tiene de los poetas, diría que Víctor Hugo es rojo como una rosa encendida, como una púrpura ardiente, como unos labios de virgen, como la sangre, como el vino, como el ocaso; Musset azul, azul como el cielo, azul como un mar de acuarela, azul como las aguas del Tirreno, azul tornasolado como una mariposa; Baudelaire verde como una gota de ajenjo, verde como el ojo del tigre, verde cambiante como el verde de una ola, como el de una yerba de la umbría, lecho y pasto de bestias montaraces.

Hugo canta la Libertad, el Progreso, la Fraternidad, la Justicia; Musset es el poeta del Amor, del Dolor; Baudelaire ama los Deseos, las Melancolías, las Desesperaciones. Sin embargo, Baudelaire es algo más que cantor de *puros* Deseos, de *gra-*

ciosas Melancolías y de *nobles* Desesperaciones.

Saint-Beuve explica muy curiosamente la tendencia literaria del jardinero de *Las* siniestras *Flores del Mal.* Baudelaire, dice, llegó al mundo tarde. Ya estaban cosechados por los líricos campos de Cielo y Tierra. Al poeta no le quedó otro recurso que conquistar el Infierno, hacerse diablo, y arrancar sus secretos á los demonios de la noche.

Así, pues, Baudelaire es un poeta satánico; casi maniqueo, quiere Clarín. Este crítico ha precisado con envidiable talento el satanismo de Baudelaire: se le antoja un cuadro diabólico dibujado con fósforos sobre la pared, en la oscuridad.

***

El nombre de Musset está á la orden del día: las intimidades del poeta con Aurora

Dupin; el idilio de estos seres románticos, que fueron á amarse bajo el cielo azul de Italia, sobre el agua cetrina de los canales melancólicos de Venecia, vuelve á ocupar la pluma de los literatos, los ocios de las artistas, la mente de los soñadores.

Poetas ambos, llenos de rosados ideales, con el doble egoísmo de amantes y de artistas, en medio de un bohemianismo amoroso, pasearon por el mundo su pasión romancesca. Este idilio es bello asunto para una historia de amor pincelada en varios lienzos. Ora es el poeta á los pies de su querida, cantándola un amor inmortal, mientras élla se ensortija los dedos en la rubia cabellera de él. Ora foscos, zahareños, se miran el uno al otro en una alcoba de hotel, allá en Venecia; en medio de su desdén escuchan algo: por la ventana entra volando la música de una romanza. Ya es un lienzo donde Musset, de vuelta en París, se da al amor y al vino, y maldice

de Pagello, el médico galante, en cuyos brazos fue á consolarse Jorge Sand apesadumbrada por el poeta. Ya es otro cuadro en el que Jorge Sand acude á las voces de Musset, quien enfermo y enamorado, entre los suyos se cree solo y anhela por su antigua querida. Otro cuadro, el último, fuera el de la ruptura definitiva.

***

Mal pudieran avenirse mucho espacio caracteres tan ríspidos como Alfredo de Musset y Jorge Sand.

Aquí de Becquer para exclamar:

.....acostumbrados
Uno á arrollar, el otro á no ceder ;
La senda estrecha, inevitable el choque.....
No pudo ser.

Ella tenía indomiteces de varón. El lazo matrimonial lo desató por incómodo; an-

duvo en París en traje de hombre; su pluma fue su arma; su voluntad, su ley. Contra su marido se hizo de amadores; contra el matrimonio hizo novelas. Amó con toda su alma; se dio por capricho: de los brazos del uno corría á los del otro amanto. Inspiró á Musset; inspiró á Chopin; se aconsejó con Leroux; de todos se hizo amar.

No podía caer en brazos de Musset como una *Margarita la tornera*, escapada del convento. Ella sabía de amor, de matrimonio, de divorcio. Era ella la castellana de Nohant, la amazona del Berry, la parcial de Rousseau, la lectora de Chateaubriand, la apasionada de Byron, la mujer de *Indiana*, Jorge Sand.

Cuanto al poeta basta leer aquella irónica *Balada á la luna* para idear qué hombre había en el cantor de *Las Noches*. El terreno de la literatura se dividía en dos bandos, clásico y romántico; los dos lu-

chadores, los dos querientes, á la sazón, de saber por cual quedaría el campo. Era cuestión de vida ó muerte. Alfredo de Musset dio á la estampa su *Balada á la luna.* El joven poeta rompía con unos y otros. El genio, para serlo, no pide la venia de las escuelas. La Academia ó el Liceo, qué más da. El águila abrió ese día las alas y voló, voló muy alto. Las cornejas escolásticas no podían pasar ésto. Se armó un escándalo.

Se conoce el origen de la composición titulada *El Rhin alemán.* Una ocasión, cuando los recelos políticos de Alemania y Francia en 1840, el poeta germano Becker cantó *El Rhin alemán.* Esta poesía de Becker respira ardor patriótico. Al épigo grito del alemán respondió Lamartine con *La Marsellesa de la paz,* bella poesía muy fuera de lugar á la sazón ; al menos así lo creyó el sentimiento nacional herido por un canto de guerra. Musset se in-

dignó. Francia debía ponerse á la altura épica de Alemania. Entonces fue cuando produjo él esa poesía hiriente, llena de una ironía venenosa y oportuna.

Por donde se ve cómo Musset poseía un espíritu independiente, á prueba de ocasiones.

La paz entre Alfredo de Musset y Jorge Sand no podía ser duradera. Y no lo fue. A ella se la inculpa de haber abandonado al poeta, menesteroso de ayuda. Musset enfermo, pobre, en país extraño, se halló un día solo. Esto se dice, Jorge Sand se hacía amar en secreto, de Pagello, médico del poeta. Cuando Musset descubrió la infidencia estuvo á punto de morir. Regresó á París, malo. Tiempo después quiso relatar á su familia la infamia de Jorge Sand. No bien hubo recordado la mala acción de su querida, refiere un biógrafo, cayó presa de un ataque de nervios. A la muerte del poeta se dio prin-

cipio á una discusión: Pablo de Musset echaba en cara á la querida de su hermano los infames días de Venecia; Jorge Sand defendía su fidelidad de amante y su nobleza de mujer. Hoy surge de nuevo la polémica. Por ante el público pasa el exhumado drama amoroso, como el espectro del Rey danés en el portento del *Hamlet*.

***

La Revista de París comenzó á dar á luz epístolas inéditas de Jorge Sand al poeta Musset; epístolas fechas las más en Venecia, á raíz del rompimiento. Esta fue la chispa que puso fuego en la paja; como decir, dispertó el celo de los admiradores póstumos de Musset.

Jorge Sand, puso esas cartas inéditas en manos de un devoto de ella. Muerta Jorge Sand, las cartas debían ser publicadas,

en son reivindicativo, tan pronto como el comisionario lo creyese oportuno. Es ahora cuando salen á luz. Las *Cartas á Musset* aparecen precedidas de una epístola de la comitente al comisionario; epístola que comienza de esta suerte:

—"Conocéis todas las cartas que me han sido escritas por Alfredo de Musset y todas las que ha recibido de mí. Sabéis que esta correspondencia es la mejor refutación á las calumnias de que he sido objeto. Entre estas calumnias hay algunas que me han herido profundamente, á pesar de estar habituada á soportarlo todo en este género. Ved aquí las que tengo que reducir á la nada:—La acusación de celos literarios; la de haber sido causa de una grave enfermedad, suscitando á Alfredo penas anteriores á esta dolencia; la de haberlo cuidado mal, descuidado, abandonado durante sus males; la de haberlo afligido, *amenazado*, echado durante su con-

valecencia; en fin, la de haberlo llamado, traído otra vez hacia mí, para afligirlo y amenazarlo de nuevo."

Algunas líneas después de las trascritas pueden leer estas otras:

"Mis contemporáneos saben que si á causa *de él*, yo he sido mal juzgada, á causa *de mí* él también ha sido acusado, algunas veces condenado."

Nada es más verdadero. Desde el principio de la desavenencia entre ellos el campo se halla dividido entre los parciales de ella y los de él.

Jorge Sand no niega las relaciones con Pagello, bien que siempre quiso, acaso movida de un pudor piadoso, hacer imaginar al poeta qne había en ellas mucho de sentimentalismo.

"El me trata como á una mujer de veinte años, y me corona de estrellas como á una virgen. Yo nada digo para destruir ó para entretener su error. Me

dejo regenerar por esta afección dulce y honesta ; por la primera vez de mi vida amo sin pasión.''

Pagello le había regalado un estornino.

''El pájaro se me murió ; lloré y Pagello se echó á reír ; me indigné : entonces él se puso á llorar y yo me puse á reír.''

En medio de todas estas pinturas de felicidad doméstica hay algo como reproches al tormentoso poeta que no sabía amar según Dios manda, á lo Pagello, tranquila, dulcemente.

Sinembargo, á las veces, llena de genuina ternura, recuerda cómo ha sufrido por el poeta y le encarece buena conducta con celo cuasi maternal.

Desde su altura de treinta y tantos años escribe al joven, ya de vuelta en París: —''Lo que me hace mal es la idea de que tú no cuides de tu pobre salud. Oh, te lo ruego de rodillas : nada de vino todavía ; nada de muchachas. Es muy temprano.

Piensa en tu cuerpo que tiene menos fuerza que tu alma, y que yo he visto muriéndose en mis brazos."

Estos consejos han debido de enternecer al poeta.

La carta subsiguiente á la en que están las líneas recién trascritas comienza con una protesta, en frases llenas de cariño y elocuencia.

"No, no, querido mío, estas cartas no son el último apretón de manos de la amante que te deja; sino el abrazo del hermano que te queda."

A pesar de todo ella refirma la resolución de separarse de él; desea que alguna joven interese el corazón de Musset.

"Me dices que el aire de la primavera y el olor de las lilas entra en tu cuarto por ráfagas y hace henchir tu corazón de amor y de juventud. Este es un signo de salud y de fuerza, ciertamente el más dulce que la naturaleza nos dá. Ama, pues,

mi Alfredo; ama á una mujer joven, bella y que no haya todavía amado; que no haya sufrido todavía. Cuídala y no la hagas sufrir. El corazón de una mujer es cosa muy delicada, cuando no es un témpano ó una piedra."

Cuanto al viejo litigio, ella se adjudica á sí propia la razón. A esto habría que oponer algunos reparos.

Parece ser que al restituirse ella á París comenzó él á importunarla con motivo de los sucesos de Venecia. Ella responde con acritud.

"Con qué derecho me interrogas sobre Venecia? ¿Era yo tuya en Venecia? Desde el primer día, cuando me viste mala, ¿no expresaste que era bien triste, bien tedioso, una mujer enferma? ¿Y no es desde el primer día que data nuestra ruptura? Hijo mío yo no quiero recriminarte; pero es necesario que te acuerdes de las cosas. Tú olvidas fácilmente los hechos.

Nada quiero decir de tus sinrazones; jamás he dicho ni siquiera esta palabra: jamás me he quejado de haber sido arrancada á mis hijos, á mis amigos, á mi trabajo; á mis afecciones y á mis deberes, para ser conducida á trescientas leguas y abandonada con palabras tan ofensivas y tan dolorosas, sin otro motivo que unas tercianas. Así quedé, con ojos abatidos y en la tristeza profunda donde me arrojaba tu indiferencia. Jamás me he quejado; te he ocultado mis lágrimas. Estas palabras espantosas han sido pronunciadas por tí, cierto día que no olvidaré nunca, en el casino Danieli: 'Jorge, yo me había engañado, te pido perdón, pero *yo no te amo*'.....

.....La puerta de nuestras habitaciones fue cerrada entre nosotros. Ensayamos allá hacer nuestra vida de buenos camaradas, como otras veces aquí; pero esto no era posible.

.....

Pagello venía á verme y me cuidaba, tú no pensabas apenas en estar celoso; y ciertamente, yo apenas pensaba en amarlo. Pero aun cuando yo lo hubiese amado desde el primer momento, aun cuando me hubiese dado á él desde entonces ¿quieres tú decirme qué cuentas había yo de rendirte; á tí que me llamabas el hastío personificado, la delirante, la bestia, la religiosa, qué sé yo?''

¡Cómo se ve que Jorge Sand blandea á maravilla las armas de la defensa! La corona de espinas, con la cual quieren muchos coronar al poeta, la toma ella para ceñir su propia frente.

El no sincerarse ella, publicando las *Cartas á Musset*, cuando se la enculpaba, abre anchísimo campo á suposiciones ofensivas, justas ó nó.

¿Por qué no se dio á la luz esta correspondencia el día en que Pablo, el hermano del poeta, acriminó á Jorge Sand? ¿No

son las epístolas concluyentes? ¿Por qué no adujo las tales en su pro?

***

Dice Zola en un magnífico estudio sobre el cantor de *Lucía*:—"No acierto á tratar de Musset con la serena imparcialidad del crítico. Musset ha sido toda mi juventud. Cuando leo una de sus estrofas me parece que es aquella mi juventud que se despierta y habla." Acaso nadie, con más propiedad que yo, pueda repetir las frases del gran prosador francés. Musset ha llenado mi juventud; toda mi primera juventud. Yo estaba muy joven; mi hogar se había deshecho al soplo de la Desgracia; la suerte me deparaba el vivir en una ciudad del Norte, triste y fría, como mi pobre alma de huérfano. En mis manos cayó un libro de Musset. Desde

entonces el poeta me poseyó; sus versos se acordaban muy bien con mis melancolías; en las heladas noches de diciembre, el espíritu del poeta, encarnado en una extraña visión de la fantasía, se me presentaba como un hermano.

En mi frío gabinete solitario, bajo la lámpara de estudio, una lámpara con pantalla roja, al través de la cual la luz brillaba un poco fantástica, como luz de Bengala, yo leía con fruición las estrofas tristísimas de aquella desolada *Noche de Octubre:*

Jours de travail! seuls jours où j'ai vécu!
O trois fois chère solitude!
Dieu soit loué, j'y suis donc revenu,
A ce vieux cabinet d'étude!
Pauvre réduit, murs tant de fois déserts,
Fauteuils poudreux, lampe fidèle,
O mon palais, mon petit univers,
Et toi, Muse, ô jeune immortelle,
Dieu soit loué, nous allons donc chanter!

Esta melancolía del gran poeta empapó en un sagrado rocío mi alma, aridecida por el Dolor. Acaso en mi afecto por el poeta de *Las Noches* haya un fondo de gratitud del cual yo mismo no me doy cuenta.

Cantores vienen; las estéticas pasan; para Musset nunca habrá noche. En medio de la sombra deslumbraría él, como una aurora boreal.

UNA VISITA A
ARTURO MICHELENA

UNA VISITA A ARTURO MICHELENA

—

UNA mañana, en los días iniciales de octubre, Martín Zuloaga Tovar y yo madrugamos. Ibamos á visitar, en su retiro de Los Teques, al pintor Arturo Michelena. No bien echamos pie á tierra, desde el mismo andén de la estación divisamos al grande artista. Era la hora en que todos se agolpan á la parada del tren: los que aguardan al deudo ó al amigo, los que esperan ver rostros de viajeros conocidos, los que esperan ser vistos, los novios,

los desocupados; toda esa muchedumbre ociosa, anhelante de emociones, que invade los balnearios, las ciudades de placer y los sitios de salud.

Por una calzada polvorienta venía el pintor, caballero en un hermoso corcel blanco, dando al aire fresco, perfumado y bienhechor de aquellas montañas las tendidas alas de un sombrero rústico. Le daban un aspecto interesantemente romántico el prestigio de su nombre, su rostro enflaquecido, su tez pálida, su barba nazarena, sus clareantes ojos azules, y hasta el mal, el siniestro mal que ponía violetas fúnebres alrededor de sus párpados, rosas maleantes en sus mejillas, risas macabras en su boca y esperanzas traicioneras en su alma.

Son las telas de este mágico artista músicas de colores. No es él un joven dios Pan de la pintura que llena los bosques de laureles, poblados de ninfas, con el canto de la siringa agreste; á cuya voz rompen las

náyades con los rosados senos en flor la superficie de las aguas cristalinas y espumantes. El no pinta lugares comunes del ensueño, fantasías ajenas, idealidades imposibles. El crea con originalidad y dibuja con talento. Sus obras son geniales. Sus cuadros de miseria, crispan. Sus hambrientos piden pan.

Su cuadro de Páez, *Vuelvan caras*, es un prodigio de audacia; avaloran el lienzo la virilidad en la expresión, el desorden armónico y brillante de la mentida fuga de héroes, el grito á cuyo mágico imperio palpitan y retroceden sobre la tela misma los centauros.

Nunca olvidaré cómo vi por vez primera esta obra maravillosa y qué impresión me produjo, acaso sin alcanzar toda su alteza artística. Fue una noche, en el Teatro Caracas. El coliseo hervía en gente. Todo cuanto culmina por el talento y la belleza; la banca, la política, el sport, allí estaban

reunidos. Una obra de caridad, si mal no recuerdo, congregaba aquella noche la sociedad mas exquisita. Llenaba un número del programa la exhibición del glorioso lienzo. A su turno, radiante, apareció como un ensueño heroico surgido en la mente de un poeta.

El asunto del cuadro que lisonjeaba el sentimiento nacional, el colorido deslumbrante; la bizarría del grupo, las formas túmidas de los llaneros, los magistrales potros del Apure; aquel heroísmo radiante, aquella ebridad épica, aquel magnífico triunfo de la espada y del pincel, todo inflamó, enloqueció á los espectadores. Escalofrío de pasmo corrió por las butacas; un murmullo, como una ola, rodó por la sala; y un trueno de aplausos coronó la obra. El frenesí más extraordinario se había adueñado del público, que como bestia indómita presa de un deseo vehemente, quería saciar su apetito de miradas.

***

Ya en su casa, el pintor nos habló de sí, de sus triunfos, con naturalidad encantadora. Extraña uno tanta modestia en Michelena, artista laureado en París, admirado en Europa, querido en América, venerado en Venezuela como una de las más puras glorias de la Patria, y de quien dicen propios y extraños que es uno de los jóvenes dioses de la pintura.

La primera obra que lo dio á conocer en el público de los salones parisienses fue el retrato de un señor D'Aguerre. Por extraña coincidencia fue también un retrato su última exposición en París.

A la verdad no es lo más cónsono con su genio, con su talento original, con su poderosa fuerza creativa, el hacer retratos. Sin embargo, los tiene magníficos, como el de la señora de Carlos Zuloaga. Pero Michelena

no habla con amor de esta obra. A última hora parece que advirtió en el modelo ciertos detalles característicos, movimientos de cabeza cuasi imperceptibles, dignos de ser aprovechados, no ciertamente para mejoramiento de la obra en sí, pero como nota típica de la hermosa dama.

Su Miranda no es un mero retrato; sino un cuadro, un gran cuadro que merecidamente le ha valido á Michelena los honores de la apoteosis. El Bautista de la Independencia, en un calabozo de la Carraca, víctima de la crueldad española, languidece. Sueña con la Gloria y con la Patria; mira segura la muerte, incierta la justicia histórica, lejana la redención de Venezuela. En aquella mirada honda, llena de nostalgia, caben holgadamente todas las tristezas, todas las decepciones, todas las melancolías. El Miranda de Mauri, moribundo, ve alzarse en las lontananzas del ensueño la joven y bella figura de la Patria, bañado el rostro en una son-

risa de felicidad, sobre la cabeza triunfadora el gorro frigio, y en la diestra el estrellado pabellón tricolor, que ella ofrece, como sudario glorioso, al pobre expirante. El de Michelena, nó. Ninguna consolación cruza por aquella alma. La mariposa fúlgida de la esperanza no posa en la frente de ese recluso. La tristeza sólo ilumina esa alma, con sus fríos rayos de luna. Es mayor ese mártir.

Pero su mejor obra es la *Pentesilea*. Este lienzo es la obra de un Hércules del pincel. *Pentesilea* es inspiración de Virgilio, como la *Isabella* del prerrafaelita Millais, pongo por caso, es inspirada en el poeta Keats. Sencillamente sublime, aplaudido por los maestros, ensalzado por los críticos, laureado en la Exposición Universal de Paris, cantado en la prosa tribunicia de Cabrera Malo, este lienzo, la más épica y rumbosa fiesta de los colores, no produce admiración sino vértigo. Las amazonas combatientes, de senos erectos, carnes rosadas, ojos relam-

pagueantes; la diafanidad azul de la hora, los reflejos anaranjados del poniente, el ópalo del crepúsculo, la obscura boca abierta de una oquedad vecina; la Pentesilea gentil, la amazona despeñada, todo el portento del grupo se lleva tras sí los ojos como un remolino luminoso.

Michelena habla de su grande obra con una sombra de dolor. Vino la *Pentesilea* de la Exposición de Chicago dañado por el agua del mar.

—Tendré que pintar nuevamente como metro y medio de tela, nos dijo, sin disimular su desagrado. Esto es mas molesto que crear una obra, y más improductivo.

Habló de escuelas y de artistas. Trajimos á cuento los pintores flamencos. Unos cuadros de flores, obra de Michelena, me recordaron por la admirable frescura de las rosas las flores holandesas de Huysum.

Contó como existen en la Catedral de Caracas un Rubens y un Murillo. El Murillo

muchos lo niegan. Cuanto al Rubens corre por ahí una leyenda. Dícese que un Almirante francés, por un fracaso marítimo, vino á parar en el asiento de la antigua Capitanía General. Tratado á cuerpo de rey por la colonia, el caballeresco marino, ya de vuelta en Francia, envió como donación suya al Cabildo de Caracas la obra que por de Rubens tenemos.

Michelena ha sido un pintor felizmente fecundo. Fuera de las grandes obras, andan por ahí trabajos suyos de inestimable valor. Entre otras cosas recordaré, por ser cuasi desconocidas para nosotros, las ilustraciones del Hernani. Este trabajo se llevó á efecto por modo curioso. Un día se presentó en el taller de Michelena, en París, uno de los más afamados artistas modernos.

—Señor, le dijo, he visto sus cuadros en el salón de pinturas; deseo ser su amigo y ayudarlo en su carrera. Un editor me acaba de proponer la ilustración de Hernani. Yo ofrez-

co á usted de buen grado este trabajo. Usted hará algo notable.

Michelena aceptó. Puso manos á la obra; y pronto la llevó á feliz término, con el beneplácito de la gente del oficio.

Otros trabajos suyos recuerdo en este instante: una maja muy hermosa, terciado el pañolón de manila color de llama, y detenida ante un cartel de toros; un angora sobre un cojín de raso; y el dibujo de *Un buhonero.* Es este un viejo de buena planta, la pipa entre los dientes, á la espalda los cachivaches de su industria ambulante, y en la mano unas palomas, mal habidas acaso, ó trocadas en el vecino lugarejo por míseras mercaderías.

***

En todas sus obras se advierte como está él empapado en la pintura clásicamente francesa. Por el colorido, por la claridad anecdótica

de sus lienzos, por la distinción aristocrática del dibujo, por los asuntos, aparece francamente inclinado al estilo francés. En su cuadro de *La Grêle* veis una escena que si bien pudiera ocurrir en cualquier país de Europa, el título del lienzo, la fisonomía de los personajes, todo os está diciendo cómo aquel puñado de granizo, que rompe inesperadamente las vidrieras, alarma á los pacíficos moradores de un piso alto, y hace temblar de miedo á un pobre gato negro, de ojos de brasa, lo hizo el pintor llover, por obra y gracia de su genio, quién sabe en que rincón de París.

Otro cuadro laureado, un portento, es la *Carlota Corday;* Carlota, una Carlota que sin el mísero traje blanco de la prisión, destocada la cabeza de aquella cofia, y roto el ligamento de los brazos, podría ser una Venus ó una Madona.

A la vista de este lienzo, sin quererlo, se pone uno á cantar las estrofas que la heroína

inspiró al poeta Chénier:—"Bella joven destinada al suplicio, se diría que la carreta patibularia es para tí un carro de himeneo. Tu mirada es serena; el deseo del perdón no empaña tu frente."

El pintor la dibuja en el instante de salir de la celda, al pasar una puerta por donde entra un chorro de luz. La claridad pone tonos de rosa y nácar en el semblante de Carlota; lo idealiza, lo anega en una dulzura plácida; sus cabellos de oro por última vez reverberan; los brazos, frágiles como dos lirios, están ceñidos á la espalda por un bramante; los ojos, llenos de una visión azul, divisan no sé qué, más allá del cadalso, más allá de la vida, más allá.....

Es llegado el instante de victimar á la heroína. El verdugo y el cura vienen en busca de ella. Estos dos fúnebres heraldos de la muerte, aves agoreras, espanto de los presos, constituyen en el lienzo, con un guardia francés, un pintoresco grupo magistral á la iz-

quierda de la puerta por donde va á salir la reo; á la derecha, sentado en una silla de paja, el carcelero, sublimemente repulsivo, el manojo de llaves en la mano, aviva á soplidos el hogar de una pipa; los resplandores del fuego iluminan fatídicamente el rostro de aquel hombre, indiferente al sacrificio de cuanto hay en el mundo de mas interesante: la belleza, el heroísmo, la juventud. Más á la diestra se descubre la figura del pintor que trazó á última hora los rasgos de la infortunada Carlota. Su noble expresión dolorosa contrasta con la criminal indiferencia del carcelero. El artista lo dibujó en colores graves, como las ideas que debían de atravesar en tan luctuoso momento un alma distinguida. Cada uno de estos personajes por sí sólo sería una obra maestra. Felizmente agrupados por el genio de un poderoso artista, avaloran una de las telas más ricas de la pintura moderna.

***

Al volver de las montañas que ilustró con su leyendaria valentía el cacique Guaicaipuro; cuando el tren tramontaba las sierras y corría por las cimas del antiguo país de los Teques; mientras un coro de muchachas, frescas como flores de pascua, hacían el encanto de mi compañero de excursión, yo veía aquel cielo tan azul, aquellas cumbres tan verdes, abrillantadas de metálicos reflejos por el sol. Y salía de mi memoria, como una mariposa de un lirio, el recuerdo perfumado del artista, del mágico artista que ha hecho nido, como un condor, en la cresta de un monte americano.

El día 29 de Julio de 1898, un año, poco mas ó menos, después de publicado este artículo, murió en Caracas, de tisis, Arturo Michelena. Inserto aquí esta prosa como un postrer homenaje al gran pintor.

N. del A.

TROVAS

OFRENDA

—

A Manuel Fombona Palacio.

Te consagro mis versos: que brillen
como lauro en tus sienes augustas;
y no sea tu nombre cual pétalo
que en las hojas de un libro se mustia.

En tu alma despierten memorias
de turbantes y mágicas músicas,
escuchadas en horas de sueños,
presentidas en noches de bruma.

Y, fragancia de amor, te sugieran
la ilusión de divina hermosura,
amorosa de cuerpo rosado
medio vista en un claro de luna.

No permitan que brote en tu pecho
esa ortiga del alma, la Duda;
y separen de tí para siempre,
para siempre, la pálida Angustia.

Por escala de líricas notas
al país de los sueños te suban;
é iluminen tus noches, poeta,
como pálidos rayos de luna.

LAS MELANCOLIAS

BEBEDORES DE SANGRE

Al sucumbir el toro
empurpurando el pavimento, un coro
visionario se llega á la matanza,
fijo los ojos en la abierta herida,
en ese rojo manantial de vida,
y en tropel se abalanza.

Allí el anciano de color de armiño,
allí la dama de color de cera,
y el macilento, encanijado niño,
de rostro blanco y de violácea ojera.

Toman el vaso de caliente púrpura
que el labio puede soportar apenas,
con la esperanza de que torne rojas
las casi exhaustas y azulinas venas.

Una beldad, los ojos de turquesa,
las trenzas blondas y la piel de armiño,
toma el vaso de púrpura y lo besa,
y al rodar unas gotas de frambuesa
constelan de rubíes el corpiño.

Avido bebe un joven,
amante de su novia y de la vida,
que piensa con pesar cuando le roben
el amor de la dulce prometida.

Asoma á la pupila de una anciana
frágil perla de llanto inoportuna,
al ver á su hija, la cabeza cana,
mustio el semblante y la color de luna.

Y mientras gime, clamorea y zumba,
el grupo visionario y macilento,
que veloz, como ráfaga de viento,
corre á hundir sus miserias en la tumba;
los matarifes, las gargantas blancas
y los puños al aire, y arma al cinto,
con sus murmullos y sus risas francas
pueblan todo el recinto.

LA IRA DEL LEON

Prisionero en la jaula de barrotes
pincelados, color de fuego y oro,
junto á panteras del Nepal, enfrente
de hircanos tigres y felpudos osos,
irgue el cuello un león acanelado,
en el jardin zoológico.

Sacude la melena, y se diría
aquel león cachorro,
un caballero de pupilas verdes,
héroe gallardo de cabellos blondos.

Sueña el león en las leonas rubias
que un tiempo amó tras los desnudos troncos,
ó tendido á la sombra refrescante
de cedros acopados y olorosos.

Sueña el león en las nativas cumbres
donde venciera al jabalí cerdoso,
y devoraba un ciervo,
y bebía en el agua de los pozos.

Y meditó la fiera. En el presente:
millares de pupilas en su torno
atisbando tristezas de vencido,
viendo radiar en su mirada el odio;
y la nostalgia amontonando penas
sobre su frente y en sus claros ojos.

Pensó la bestia en las queridas rubias
que amó al pie de los árboles añosos,
y un doliente rugido, como un trueno,
rodó, temblando, en el jardín zoológico.

LIRA DE ORO

Soñaba el poeta
sus sienes ceñidas en rosas;
un busto de mármol
soñaba el arquero de estrofas;
y en letras doradas
su nombre esculpido en la historia.

Soñaba el poeta
su verso galante en la boca
de efebos y vírgenes...
soñaba el poeta la gloria
Entonces la música
oyó de una cítara eolia.

Cantaban:—"Tu verso,
heroico cual una amazona,
perfuma la lira:
es lluvia fragante de rosas;
un condor, si vuela;
si arrulla, una blanda paloma.

Tú tramas, poeta,
urdimbre de fúlgidas notas;
y vistes la musa
con peplo de luz vaporosa,
tejido con hebras
de cielo, y con rayos de aurora.

Y vése en tu canto,
poeta de áureas estrofas,
cual vibra la Idea
sus alas de plumas radiosas."

Absorto el poeta
escucha la cítara eolia.

LA CÓLERA DEL EBRIO

El borracho gritó, lleno de cólera:
—¿Eres, pálida luna, la pupila
de un Dios, ó de un extraño Polifemo
que en la nocturna sombra nos espía?

En las trágicas noches de naufragio
ves con amor á las traidoras linfas,
y tus rayos se hunden como espadas
en los desnudos cuerpos de las víctimas.

Observas impasible los temores
primeros, de la virgen seducida,
cuando al oculto pabellón del parque
amante acude á la primera cita.

El enfermo que entrar por la ventana
desde su lecho de dolor te mira,
piensa en la Muerte, y lo conturban negras
visiones, luctüosas y fatídicas.

Cae el guerrero obscuro en el combate;
y á tu irónica luz radia la herida,
cual si la Gloria al pecho del soldado
prendiera una medalla purpurina."

Y, pálida corona de la noche,
la luna, por el ebrio maldecida,
como el ojo de extraño Polifemo
desde el azul distante lo veía.

MEDIO-EVAL...?

Allá, en la cima de la abrupta roca,
temeroso castillo se levanta,
como condor de piedra,
que en la cumbre del monte plegó el ala.

¡Y allí fué la lisonja!
Es la lisonja la proteica esclava,
y convertida en música de fiesta,
armonía de guzlas concertadas,
llegó al castillo del Señor que mora
en la cresta del monte, como el águila.

Y mientras hieren sus acordes guzlas
los juglares, y cantan,
los héroes muertos por la Patria gimen
en la gehena del olvido ingrata;
las vírgenes suspiran
de rosas coronadas,
temblantes como pétalos,
por estrofas y lágrimas;
los mirlos se enamoran, y sacude
su crencha sinüosa la fontana;
ilumina el palacio del vacío
—araña sideral,—la vía láctea;
y surge melancólica
de los silos del alma,
como infeliz Niobe,
la imagen de la Patria.

Mas pulsan los bohemios trovadores
sus guzlas acordadas,
y á fuerza de tanto himno mueve el céfiro
torpemente las alas.

¡Ascendió la lisonja!
Pero ascendió como reptil, á rastras,
hasta la cima de la roca abrupta
do el castillo se alza,
como condor de piedra
que en la cumbre del monte plegó el ala.

EN EL MANICOMIO

A Vargas Vila

El aspecto marchito, la tez pálida,
luenga la barba de oro,
y de oro el cabello y ondeante
como un río Pactolo,
habla en medio del parque solitario,
en medio del jardín del manicomio,
un pobre artista enfermo,
un pobre artista loco.

*

La mirada en el cielo, la mirada
azul como la mar, ruge furioso:

—"Maldito seas Jehová; tú vives
tu cielo azul, y lámparas de oro
prendes allí cuando la noche cae;
y es un salón de baile esplendoroso
el cielo, con tus vírgenes amadas,
tu cielo, cuna de radiantes ortos.

Entre tanto, Señor, en la tiniebla
vivimos como topos,
los hijos de tu gracia, tus criaturas,
los que de tí, Señor, lo esperan todo:
amor para unas almas enfermizas;
consuelo para un llanto doloroso;
piedad para unos cuerpos lacerados;
perdón para una culpa que es de otros.
Señor, si tú eres sabio;
Señor, si no eres loco;
Señor, si tú eres bueno;
Señor, si eres todopoderoso;
¿por qué llueves tus rayos y quebrantas
mísera embarcación, y entre los hondos
y revueltos abismos de los mares

la dejas perecer sin un socorro;
por qué, Señor, sepulta
las ciudades el rudo terremoto;
por qué, Señor, los vientos del Sahara;
por qué, Señor, los tigres y los lobos?"

*

Tuvo el joven la lengua, serenándose
al mirar las locuras de los locos
recien llegados al jardín: el uno
enterraba su diestra cuidadoso,
y se partía enfurecido viendo
que no quedaba en el cegado hoyo;
otro, comanda un escuadrón fantástico;
y alguno espera que resurja un chorro
de un antiguo chambergo convertido
en artesiano pozo.

El aspecto marchito, la tez pálida,
luenga la barba de oro,
y de oro el cabello y ondeante
como un río Pactolo;

el que hablaba en el parque solitario,
en medio del jardín del manicomio,
el pobre artista enfermo,
antes dulce poeta melancólico,
sentóse al pie de un árbol,
en un asiento rústico; y sus ojos
de mirada flotante, parecían
no mirar las locuras de los locos.

EN EL HOSPITAL

A José Enrique Rodó

Atardece. La rósea luz del día
entra por las ventanas.
En las ventanas, órbitas del muro,
se libran luchas raras:
la claridad carmínea,
la luz anaranjada,
el poniente, flotante airón del iris,
pelea en las ventanas
con el oro de luz de las briseras,
de las briseras con las vivas llamas;
y el olor de las acres medicinas,

el pestífero aliento de la sala,
con el jardín, que próximo,
en ondas perfumadas,
echa al aire el suspiro de alelíes,
nardos, lirios, claveles y albahacas.

*

Se diría desierto
el salón. En la puerta colocara
un buen artista un mármol doloroso,
la frente mustia, en tierra la mirada,
el retorcido cuerpo
una dantesca lástima,
y atrás, rumbo á lo ignoto,
las vibradoras y tendidas alas.

*

Se diría desierto
el salón. Pero cruzan dos hermanas,
dos benditas hermanas religiosas,
la dulzura en la cara.

Caminan caminito de algodones;
y como el ánsar náda,
ellas pisan: con música silente.
Caminan como el pájaro en la rama.

*

Se diría desierto
el salón. Pero surgen de las camas,
de las camas en ringla,
murmullos: ó blafemias ó plegarias.
En un lecho una joven,
una gentil muchacha,
es presa de la fiebre,
y murmura, la voz entrecortada:
—Pobre de mí, que con amor sincero,
servía como esclava
la casa de los ricos; yo tenía
aquella por mi casa:
allí murió mi abuela,
allí murió mí madre, allí mi hermana;
y yo al servicio del palacio estuve
desde mi tierna infancia.

Un día, en primavera,
trece, catorce abriles yo contaba,
vi un lacayo vecino,
apuesto, dulce, un beso la mirada,
y lucía garboso la librea
turquí, galón de plata.

Nos amamos. Los besos
en nuestras bocas su canción cantaban;
yo supe lo que son catorce abriles,
lo que es la primavera perfumada,
y una mano en los rizos de la frente,
y la ternura en lo interior del alma.
Yo vi dos cuerpos arrojar la sombra
de un solo bulto en la pared cercana,
las noches de la tibia primavera,
junto al naranjo en flor, tras de las tapias.
Ay! lo que nunca vi, lo que mis ojos
ven, y nunca miraran,
es la repulsa de la pobre niña,
es el adiós á la rendida esclava,
la que sirvió á los ricos caprichosos,

la que tuvo el palacio por su casa,
y vio en él funerales de la abuela,
de la madre y la hermana.
Ay! lo que nunca vi, lo que mis ojos
ven, y nunca miraran,
es la repulsa de la pobre niña,
es el adiós á la rendida esclava,
porque supo lo que eran los abriles,
lo que es la primavera perfumada,
y amó, las tibias noches,
junto al naranjo en flor, tras de las tapias.

*

Y responde al suspiro plañidero
de la infeliz muchacha,
la querella de un mozo
de la vecina sala:
—Yo soy de los amables sibaritas
el heredero. De mi antigua raza
los retoños floridos, mis abuelos,
se bebían las cavas

en torno de las mesas, con las dulces
mujeres, de magnéticas miradas.
Yo heredé con los timbres
de mi nombre y mi casa,
la sed tradicional de las cosechas
y el amor de la vida regalada.
Yo no supe luchar. Rodé al abismo,
rodé como una piedra que resbala;
y del Dolor las fauces me devoran,
del hospital en la siniestra cama.

*

De otro lecho surgía
la voz de un viejo, humedecida en lágrimas:
—Fui vencedor, fui atleta,
y Píndaro cantaba
un tiempo al que vencía
en la palestra. Domeñé las masas.
Fulgecía mi acero
como hebra de luz, en la batalla;
solté, á devorar la muchedumbre,

como perros de presa, mis palabras;
conmoví los amantes corazones
con el acento lírico del arpa;
llenó la magia de mi nombre, un tiempo,
los términos queridos de la Patria;
y hoy me abandona mísero, y me olvida,
vencedora crüel, la Democracia.

*

La noche cae. Hora
es de tristeza en la afligida sala.
Flota por cima de los blancos lechos
una historia de lástimas.
En la atmósfera ondula
un vapor de suspiros y de lágrimas.

La noche cae. Bellas luces rojas,
luces anaranjadas,
todo el poniente, amable airón del iris,
ha muerto en las ventanas.
Ha vencido la sombra por de fuera;
dentro, la luz de las briseras pálidas.

RIMAS GALANTES

A Pedro-Emilio Coll

PASTEL

Asomada á tu balcón
florecido de macetas,
turbas, niña, el corazón
de pintores y poetas.

Y tus labios de coral,
y tus bellos ojos pardos,
cantan dulce madrigal
en el pecho de los bardos.

Es, de tu mirada al rayo,
ese balcón un pensil:
crecen los lirios de mayo
junto á las rosas de abril;

Y cuando acudes á él
con tu blanco peinador,
para regar tu verjel
ó para ver á tu amor;

A pesar de tanta rosa
y tanto lirio en botón,
es entonces, niña hermosa,
cuando florece el balcón.

VIRGEN PÁLIDA

Pálida como una lila,
nevada gardenia en flor,
la neurótica vacila
entre el claustro y el amor.

Y cuando reza, medita,
ó los pétalos arranca
de nevada margarita,
por lo bella, por lo blanca,

La colocaría yo:
en un verso de Verlaine,
en un lienzo de Watteau,
ó en un mármol de Rodin.

EL PRIMER CANTO

Jamás canté, Señora,
tu pálida belleza,
tu frente de alabastro,
tu boca de cereza;
jamás prendí las flores
del arte, en tu corpiño,
te consagré las rosas
fragantes del cariño.

Hoy, ya marchitas veo
mis rosas; en tus sienes
ajenas rosas blancas,
nuevos jazmines tienes;

las cuerdas de la cítara,
empapadas en llanto,
vibran de amor el único
y doloroso canto.

Deshoja las violetas
de tu mirar de ninfa,
en clareante onda,
ó verdinegra linfa;
antes de ver cuál tiembla
tu cuerpo sonrosado,
mordido por los dientes
de oro del Pecado.

¿Anidan los amores
en tus cabellos blondos;
en las copas se embriagan
de tus senos redondos?
Ya de tu boca fúlgida,
en perlas recamada,
el Ósculo conoce
la vía perfumada.

Amante fementida,
tu amor, adelfa hermosa,
la acerbidad encierra
en urna primorosa.
Tu mano, peregrina
mezcla de ala y zarpa,
un canto nunca oído
pudo arrancar de mi arpa.

Adiós; y nunca olvides
cómo te amé de niño,
cómo sembré en tu alma
las rosas del cariño;
y cómo de esas rosas
gozó mi adolescencia,
los prístinos colores
y la primera esencia.

Adiós; pronto en mi pecho
habrá nuevos amores,
á otra beldad querida
coronaré de flores...

Y cuando turba amante,
ingenua, te sonría,
hermana de las Gracias,
diré cómo eras mía.

CUASI FEA

A los seráficos amores
encadenados, niña, tienes,
con las nevadas, frescas flores,
que te ceñimos á las sienes.

Lo bello en tí no son tus ojos,
sino tu limpia, azul mirada;
no son tus gruesos labios rojos
sino tu frase perfumada.

Tiemble tu seno, blanda curva,
cual nívea ala de paloma;
que no es la rosa lo que turba
sino el encanto del aroma.

DE TANAGRA

Dulce hermana religiosa
que transitas por la acera;
las mejillas como rosa
blanca, y las manos de cera;

religiosa, dulce hermana,
que paseas la mañana
buscando alimento al pobre;
y recibes, mansa y leda,
ya la dorada moneda
ó ya la pieza de cobre;

al ver tu figura magra,
y tu palidez de luna,
me parece mirar una
estatuilla de Tanagra.

IDILIO TRÁGICO

A Tulio M. Cestero

Sobre témpano enorme de hielo
construïido con rayos de luna,
va feliz la pareja de osos,
muy bella, muy joven, muy blanca, muy rubia.

*

Terciopelo felpudo y en rizos
es su piel de nevadas gardenias;
y su boca, joyero en que lucen:
los dientes, marfiles; corales, la lengua.

¡Cuán felices! Y viajan y viajan
en la góndola blanca. La hembra

en el tálamo yace. Y el oso
lascivo la mira, la muerde, la besa.

*

De la aurora boreal tras el iris,
para ellos, al yermo del Norte,
indistinto y audaz sagitario
dispara saetas de todos colores.

Y los brutos convierten al cielo
las miradas, que van al que pone:
en su pecho salvaje la dicha,
renuevo en el árbol y savia en el brote.

*

¡Cuán felices! Y viajan y viajan
en la góndola blanca. De pronto
un témpano, un choque, rumor de catástrofe,
que invade, que invade, los yermos del polo.

*

Después, ¡oh, blasones!
la sangre á rubíes en campo de hielo;
y auroras boreales; y más corazones
que vuelven las pías miradas al cielo.

1895.

LAS NOCHES

NOCHE DORADA

A Fernández García.

Rompe la orquesta de alegrías hondas
que labios junta y corazones ata,
bajo las verdes frondas,
en la noche de estío azul y plata.

Echa á volar la luna por el cielo:
ave maravillosa,
bate la nívea pluma
y se convierte en rosa,
pero en rosa fantástica de espuma.

Pasan, bajo el azul del firmamento,
los Deseos cual potros voladores;
y se escucha un fragmento
de una canción de amores.

Los poderosos brazos no intimidan
á la breve cintura delicada;
y los besos anidan
entre la blonda cabellera amada.

Tiemblan sobre el corpiño
de la bella adorada
las camelias de armiño;
flotan cintas de seda
en el aire, y en fúlgidos colores
teñido el rostro de la virgen queda.
Es noche de alegría. Los amores
cantan bajo la erótica arboleda.

Revuelan, como pájaros, las trovas
al sonar de los dulces bandolines,
y ríen, en las rústicas alcobas,
los faunos de metal de los jardines.

NOCHE DE FIESTA

En la noche de gala,
sones, cantos y fuegos de artificio,
dan al cielo colores de Bengala,
al pueblo fiestas y mercado al vicio.

Afrentando á las puras,
en la risueña y transparente noche,
pasean las livianas hermosuras
la impudicicia en elegante coche.

Surgir de los salones
se escuchan, con la voz de las grisetas,
eróticas y férvidas canciones
de orgiásticos poetas.

Por el aire sonoro
van los cohetes á incendiar la esfera:
rubias cintas de oro,
hebras de portentosa cabellera.

Suben; de pronto exhalan
un luminoso y rápido suspiro;
y en el azul resbalan:
sierpes de oro en campo de zafiro.

Toda es la noche fiesta:
en las almas, las luces de colores
encienden una mágica floresta,
poblada por quiméricos rumores.

En pos de faldas rojas y amarillas
va el oro de galanes opulentos...
y entretanto, en las míseras guardillas,
piden pan los estómagos hambrientos.

TRISTISSIMA NOX

Penetran en mi estancia,
penetran por la abierta celosía,
todo un jardín en olas de fragancia,
todo un concierto en olas de armonía.

Las ideas mi mente
cruzan, como las aves la pradera,
y pican en mi alma
como si fuese un grano de la era.

El duelo el alma agobia
porque todo pesar llamó á mi puerta:
vi casada la novia,
roto el hogar, la madrecita muerta.

Tánta lágrima histórica vertida
por tánto Cristo y tánto Prometeo,
surge en las moles de dolor que veo
romper el horizonte de la vida.

Con lágrimas de artista, si la historia
pudiera recogerlas,
todo el largo camino de la Gloria
empedraría en dolorosas perlas.

Los ceñudos Pesares
en mi torno aletean;
recuerdos de la infancia
mi espíritu sombrean;
y en medio á mis dolores, en la estancia
penetran con irónica alegría,
todo un jardín en olas de fragancia,
todo un concierto en olas de armonía.

NOCHES

A Juan Vicente Camacho

Van volando las canciones
á los líricos balcones,
las ideas á las frentes,
y los besos á las bocas,
cuando, en noches transparentes,
viste el cielo azules tocas.

Como lámparas colgantes
de la bóveda celeste,
las estrellas rutilantes
dan su pálido fulgor;
y parecen fulgurantes

en el fondo azul celeste,
fino polvo de diamantes
en la azul y blanca veste,
hecha en nubes, del Señor.

La amorosa serenata
pliega el ala entumecida,
en la reja de una ingrata,
de una ingrata fementida;
como cien diversas flores
van en una misma cesta,
en la noche se diría,
van los tímidos amores,
y los besos de la orgía,
y la música de fiesta.

En la noche de alegría
toda joven se engalana,
porque el novio le sonría
al mirarla en la ventana;
en las noches de alegría,

en las noches de placeres,
el encanto de la orgía
son las pálidas mujeres.

*

En las noches taciturnas
no hay estrellas, no hay orgías;
son las almas como urnas
que dejara amor vacías;
en las noches taciturnas
vienen malos pensamientos
con las ráfagas nocturnas;
merodean criminales;
y aparecen macilentos,
espantosos, espectrales,
los enormes monumentos
y las viejas catedrales.

En las noches taciturnas
los burlados, los esposos,
como muertos en las urnas
van cayendo en el Dolor;

los queridos recelosos,
los amantes engañados,
todos gimen los forzados,
los forzados del Amor.

En la noche—triste augurio—
llora el mísero poeta
una próxima traición;
perdonadme si os injurio
claros ojos de violeta,
negros ojos de carbón.

LOS ADIOSES

LA CANCIÓN DE LA MUERTE

A José Ignacio Vargas Vila

Cuando nací cayeron deshojadas
rosas de luz de la primera aurora;
la Vida, la dulzura en las miradas,
clamó al verme:—"Salud, libertadora."

Yo viajo en la saeta envenenada,
en la túmida ola traicionera;
puedo caer en forma de nevada,
puedo rugir en forma de pantera.

Soy la querida trágica:
mi amor es como filtro que emponzoña;
yo soy como la mágica
y noble Margarita de Borgoña.

Si con mis buenos amadores turno
no tildéis mis pasiones de inconstantes,
como á sus hijos el voraz Saturno,
devoro á mis amantes.

Extingo con mis manos temerosas
la ilusión, en las ánimas inquietas,
de vírgenes hermosas,
de jóvenes poetas.

Si por azar la Vida
en medio del camino os abandona,
os llevaré á mi reino; y complacida
os ceñiré mi pálida corona.

ADIÓS A LOS POETAS

¡Oh, bardos de opulenta fantasía!
la canción de los fúlgidos poetas
es boreal aurora que despunta
en las noches polares de las almas;
en la canción va el polen de los sueños
como en la brisa el polen de las palmas.

¡Oh, bardos de opulenta fantasía!
la canción de los fúlgidos poetas
es la nívea diadema de azahares
con que se orna la frente de la virgen
al pie de los católicos altares;

es el trágico amor de la verónica,
romántica pareja; es el misántropo
en las cimas nevadas del Jung-Frau:
es tu beldad despótica, Cleopatra;
es tu pasión subyugadora, Antonio;
es el baño fragante donde expira
la Musa decadente de Petronio.

¡Oh, bardos de opulenta fantasía!
la canción de los fúlgidos poetas
es el adiós á los nativos montes;
es el adiós á la mujer amada;
es el adiós á las paternas tumbas,
esas queridas puertas de la Nada.

Cuando pliegue la Musa del poeta
en el alero del hogar las alas,
y cante cómo la escarchó el invierno,
la hirió el granizo y la injurió el verano;
cuando cante tristezas padecidas
muy lejos del hogar y de la patria;

entonces sus cantares á los pechos
volarán, como líricas saetas
empapadas en tierna melodía;
y dirá la canción de los poetas,
¡ oh, bardos de opulenta fantasía !

LA ESCENA ÚLTIMA

Sweets to the sweet: farewell!

A Zoilo Bello Rodriguez

Fue al Sur, en la necrópolis,
al pie de níveo ángel,
ó querubín de piedra que tendía
el vuelo por el aire,
bajo el azul celeste,
en una gris y dolorosa tarde.

*

Lacertoso, fornido,
un Hércules, el padre, ve la urna,

la toma entre sus brazos y la besa,
baja él mismo á la abierta sepultura,
y la deja en la boca de la Nada,
en el trágico hueco de la tumba.

*

Después..... la frente inclina,
se muerde el puño, y ora.
Sobre la blanca urna
la tierra cae en lentitud, y sorda.
Todo es en torno triste.
El padre, el pobre, recordando, llora.

*

Recuerda á la querida moribunda
bajo los besos, pálida,
como un lirio de oro la cabeza,
la cabecita rubia y delicada;
el cuerpo, de brillante flor de nieve,
la boca, de marchita flor de grana.

*

Y recuerda á la dulce Dolorosa,
la madre de la niña,
que derramó las perlas de su llanto
en la cuna vacía.

*

Y recuerda, y recuerda... Mas la tumba
recién cegada se cubrió de flores:
brotaron margaritas, azucenas,
rosas, dalias, jazmines, corazones.
La tumba floreció. La primavera
la engalanó de múltiples colores,
y perfumó el recinto de alelíes,
nardos de nieve y fúlgidos botones.

*

La gente movió el paso. El ángel níveo
detenido un momento,
vibró las alas de impoluto mármol,

y echó á volar de nuevo
con ímpetu, la vista al horizonte,
bajo el azul del cielo.

*

Y sucedió que el padre, el rudo Hércules,
cubriéndose la frente con la mano,
miró al cielo, y en voz adolorida,
exclamó, sin saberlo, como el bardo,
en medio del asombro del cortejo:
—"Buen Dios, cómo eres malo!"

ENFERMO

Voy á morir; no importa!
viviré, porque en bandas ó dispersos,
como níveas palomas encantadas
por el cielo del arte van mis versos.

Cuando mi cuerpo exhale
putrefactas corrientes venenosas,
mis olvidados versos su fragancia
espirarán, como odorantes rosas.

INDICE

	PÁG.
Prólogo	V
TROVADORES	
José Antonio Calcaño	1
José Martí	15
Juan Antonio Pérez Bonalde	25
Un poeta joven	51
Alfredo de Musset	63
Una visita á Arturo Michelena	91
TROVAS	
Ofrenda	109
Las Melancolías:	
Bebedores de sangre	113
La ira del león	117

PÁG.

Lira de oro..... 119
La cólera del ebrio..... 121
Medio-eval 123
En el manicomio 127
En el hospital..... 131

Rimas galantes:

Pastel 141
Virgen pálida.. 143
El primer canto..... 145
Cuasi fea..... 149
De Tanagra..... 151
Idilio trágico..... 153

Las Noches:

Noche dorada..... 157
Noche de fiesta..... 159
Tristissima nox..... 161
Noches 163

Los Adioses:

La Canción de la Muerte..... 169
Adiós á los poetas..... 171
La escena última..... 175
Enfermo 179

MAR 31 1936

MAY 22 1936

DUE AUG 2 '48